

SUMARIO

Editorial

Estudios

Formación permanente ¿por qué, para qué, cómo?
Mons. José M. Arancibia

Espiritualidad

Cómo vivir sacerdotalmente la Semana Santa
Pbro. Raúl Troncoso (Azul)

Formación humana

Creciendo en intimidad
Lic. Rosario Lagomarsino de Uribe

Teología

Los sacerdotes como hijos y hermanos
(El presbítero y sus vínculos en la familia de Dios “II”)
Pbro. Carlos Galli (Buenos Aires)

Pastoral

¿Administrar o hacerse cargo de una comunidad?
Cardenal Godfried Danneels

Testimonio

La formación permanente en América Latina
Carlos M. Franzini

Documentos

Espiritualidad Sacerdotal y ministerio
Comisión Episcopal del Clero (España)

Recensiones

Noticias

EDITORIAL

En nuestro primer editorial decíamos que con Pastores "creemos responder a una sentida necesidad del clero en la Argentina. Querriamos poder llegar a todos, atendiendo a las diversas situaciones pastorales, culturales, vitales...". Son muchas las respuestas que hemos recibido agradeciendo, alentando, valorando el esfuerzo. Y también hemos recibido valiosas sugerencias para mejorar la revista, y que tendremos muy en cuenta. Nos han escrito hermanos sacerdotes con muchos años en el ministerio y también jóvenes, incluso seminaristas. Hemos recibido ecos que proceden desde Perito Moreno (Pcia. de Santa Cruz) hasta Jujuy. Varios Señores Obispos han querido hacernos llegar su palabra de aliento y su generosa colaboración. Todo ello nos impulsa a seguir adelante, nos compromete y nos da entusiasmo para mejorar este servicio, en la medida de nuestras posibilidades y de los escasos recursos con que contamos.

Advertimos que esta cálida acogida no se vincula sólo a la revista en sí misma. Habla, más bien, de un momento de singular conciencia de la necesidad de encarar distintos caminos para ayudarnos a renovar la vida sacerdotal. El nuestro es, como también decíamos en el primer número, un medio más, ni el único ni el más importante. Reiteramos entonces nuestro propósito de intentar responder a este "paso de Dios" que nos invita como siempre a seguirle más de cerca.

Ahora estamos presentando el segundo número de estos Cuadernos para la formación sacerdotal permanente. En esta oportunidad queremos detenernos en el significado de nuestro subtítulo. Hemos pensado que la expresión "cuadernos para la formación permanente" es adecuada para señalar su cometido. La periodicidad (tres números por año) y el contenido hablan de una revista que se aprovecha durante un tiempo prolongado; que da material para la reflexión personal o comunitaria y sobre la cual se vuelve una y otra vez. Al mismo tiempo con la variedad de artículos se intenta responder a distintas expectativas y necesidades, según sea el momento y las circunstancias de cada destinatario. Al momento de recibirla no todos los artículos despertarán el mismo interés, sea por el tema, el autor, el estilo o la longitud. No por ello pierden su valor, pudiendo ser aprovechados en otra oportunidad.

También nos parece conveniente insistir en algo que ya decíamos en el primer editorial: "hemos pensado ofrecer este aporte como un servicio de hermanos a hermanos, porque sabemos que somos nosotros mismos, los presbíteros, los primeros responsables de buscar solidariamente los caminos de nuestra formación personal y comunitaria para renovarnos y vivir un ministerio más feliz..." Por este motivo hemos intentado llegar a la mayor cantidad posible de sacerdotes del país; hemos tratado de establecer contacto con todas las diócesis, invitando en muchas de ellas a algún sacerdote para que sirva como "nexo" con nuestro equipo. Pero creemos que para poder seguir adelante se hace imprescindible el compromiso responsable y solidario de los mismos destinatarios. Ello habrá de traducirse en el aporte de ideas y sugerencias, en la propia suscripción y en la difusión para que otros puedan suscribirse. Estamos seguros que con la ayuda de Dios y el empeño sostenido de cada uno se podrá lograr lo que nos proponemos.

Los artículos preparados para este número se refieren a distintos temas de interés común, dentro de la temática general de nuestra publicación. Mons. José María Arancibia, Arzobispo Coadjutor de Mendoza, que participó del Sínodo dedicado a la formación sacerdotal, aporta su reflexión sobre el concepto de formación sacerdotal permanente. La Lic. Rosario Uribe de Lagormasino aborda desde el punto de vista de la psicología la

necesidad de la vida interior. El Pbro. Carlos Galli continúa su reflexión teológica sobre el sacerdote y sus vínculos en la familia de Dios, iniciada en el número anterior. Publicamos dos artículos sobre la relación entre espiritualidad y ministerio, uno del Cardenal Godfried Daneels, Arzobispo de Manilas-Bruselas, y otro preparado por un integrante de nuestro equipo, el Pbro. Raúl Troncoso, que ayudarán a reflexionar sobre la espiritualidad propia de los pastores. El mismo tema es abordado en el Documento de Trabajo que la Comisión Episcopal del Clero, de la Conferencia Episcopal Española, preparó para el Congreso de Espiritualidad Sacerdotal celebrado en ese país el año 1989. Transcribimos también varias reseñas de publicaciones de interés para el clero, e inauguramos una sección con noticias de cursos, retiros y otras actividades que puedan favorecer la formación permanente.

La Pascua, que acabamos de celebrar, nos habla de alegría, de vida, de esperanza. Queremos, a través de este servicio, hacer un pequeño aporte en este sentido para todos nuestros lectores.

FORMACIÓN PERMANENTE: ¿POR QUÉ, PARA QUÉ, CÓMO?

Mons. José María Arancibia
Arzobispo Coadjutor de Mendoza

INTRODUCCIÓN:

UN REPASO NECESARIO

Hace unos diez años me tocó, de improviso, ocuparme del clero de mi diócesis, como vicario. Fue una decisión del Obispo, que acepté por obediencia. Comencé sin saber bien cómo emprender la tarea. Pero estaba convencido de que debía atender, ante todo, a las inquietudes de los mismos hermanos. Procuré entonces visitarlos y escucharlos. A mi modo de entender, el significado y éxito de la tarea encomendada, requerían conocer sus necesidades y emprender entre todos un trabajo en común.

Me pareció interesante conocer lo que se hacía en otras diócesis y países. Participé de varias reuniones en el CELAM. Logré conseguir algún material orientador. Por entonces encontré cierto estímulo, y sentí un poco de envidia, al saber que varias congregaciones (masculinas y femeninas) ya programaban y ponían en práctica la formación permanente de sus miembros.

Tuve la gracia de asistir al Sínodo de 1990, sobre La formación de los sacerdotes en la situación actual. Con ese motivo, participé de las reuniones preparatorias que se hicieron en la Argentina; las encontré sinceras y oportunas. Concluido el Sínodo fui invitado a compartir la experiencia en varios lugares. Y cuando se publicó "Pastores dabo vobis" (1992), la estudié con dedicación y entusiasmo. De algunas diócesis me invitaron para orientar el estudio del documento. Fue un desafío y me sentí contento de poder hacerlo. Tuve entonces la impresión de que la exhortación recogía y completaba el trabajo sinodal, constituyendo un valioso aporte para la formación de los sacerdotes.

Respecto a la formación permanente, en particular, si bien se trata sólo de un capítulo (PDV: VI), se señalan motivaciones profundas, dando numerosas indicaciones sobre la organización y los medios. No obstante comprendí enseguida, que iba a tocar a las diócesis estudiar más en detalle cuestiones particulares: la situación concreta del clero local y sus necesidades, las posibles vías y caminos de formación en esta realidad, etc.

El año pasado fue publicado el Directorio para la vida y el ministerio de los sacerdotes (1994), que retoma y amplía el tema de la formación permanente del clero. Tengo la impresión, de que la Iglesia ha recogido así una preocupación actual, y ha trazado las principales pautas para impulsar la ineludible tarea de acompañar mejor a los pastores del pueblo de Dios.

Al hacer esta comprobación, he pensado en los esfuerzos de las generaciones anteriores, que apenas conocí. También en otros tiempos se procuró guiar y sostener la vida sacerdotal, con variados medios: retiros mensuales y ejercicios espirituales; cursos de moral y liturgia; exámenes quinquenales y de párroco, etc. Hoy los recuerdo con mucho respeto. Si bien el Concilio Vaticano II hizo pensar en otras alternativas, aquellos intentos fueron encarados con seriedad y habrán dado fruto a su tiempo.

Debo confesar que, después de la búsqueda arriba mencionada, sentí que había encontrado una primera síntesis. Es decir, una descripción -a grandes rasgos- de cómo entender y encarar la formación permanente. Por supuesto, no estaba todo dicho. Quedaba un trabajo

grande por hacer en cada lugar. Pero luego de consultas, diálogo, estudio, oración y bastante sufrimiento, poseíamos una orientación suficiente y provechosa.

Desde la nueva responsabilidad que la Iglesia me ha confiado, me preocupa más que nunca la formación permanente. Y debo reconocer que, ahora último, casi de golpe, he advertido que la referida síntesis no ha sido asumida todavía, por quienes corresponde. ¿Me equivoco? Ojalá que sí. Me gustaría pensar, que todo está ya bien planteado y dispuesto, para encarar la formación permanente, o seguir adelante con entusiasmo. Pero sospecho que no. ¿Por qué? Creo que los motivos son varios. Me atrevo a formular algunos.

Recibimos y producimos tantos documentos, que en nuestra agitada vida no podemos estudiarlos, ni menos asimilarlos. Por su parte, el clero joven manifiesta cierto hartazgo, por una formación completa y prolongada; ahora se siente en la necesidad de desarrollar su capacidad y dedicarse de lleno al trabajo pastoral. A su vez, los de cierta experiencia, aunque conocen y aceptan su necesidad de formación, poseen bastante espíritu crítico y no aceptan fácilmente lo dispuesto desde arriba. Quienes viven momentos difíciles, a veces están demasiado absorbidos por su problema, y no alcanzan a ver más allá. Algunas de estas probables razones, afectan también a los Obispos, que nos sentimos -además- demasiado apremiados por las urgencias pastorales, y quizás no siempre preparados para atender a las necesidades personales.

Cuanto he dicho justifica mi opción: proponer un necesario repaso. Es decir, ofrecer un resumen sobre: por qué, para qué y cómo realizar la formación sacerdotal permanente (FSP), a partir de la Exhortación postsinodal (PDV) y el reciente Directorio (DVMP). No pretendo hacer una comparación de ambos documentos; aunque sería interesante. Me parece más urgente una mirada de conjunto, para presentar de nuevo las ideas principales, que han de alentar y guiar esta parte impostergable de la misión de la Iglesia. Cada sacerdote, los grupos y comunidades, las diócesis, tendrán que agregar a esto lo suyo propio, que resultará -de igual modo- irremplazable.

1. RAZÓN Y FUNDAMENTO

La razón de ser o motivación de la formación sacerdotal permanente es compleja y ha sido explicada en sus diversos aspectos.

1.1. Hay razones humanas, muy comprensibles, que la justifican. En esto la vida sacerdotal se parece a las demás profesiones. Es, por lo tanto, "una exigencia de la realización personal progresiva"; un "camino incesante hacia la madurez"; una "continua actualización, si se quiere estar al día y ser eficaz" (PDV 70,7).

1.2. Sin embargo, la reflexión de estos años ha puesto el acento en las razones teológicas. En primer lugar, la misma Palabra de Dios nos interpela: "Te recomiendo que reavives el carisma de Dios que está en ti" (2Tm 1,6). "No descuides el carisma que está en ti..." (1Tm 4,14). A partir de estas expresiones la FSP debe entenderse como algo original e inconfundible (cf. PDV 70,2), porque "es el efecto de un dinamismo de la gracia, intrínseco al don de Dios", antes de ser tarea confiada a la responsabilidad personal (PDV 70,4). Tiene, pues, su fundamento en el dinamismo del sacramento del Orden, que configura a Cristo Cabeza y Pastor de la Iglesia; que lo hace partícipe de su poder, su ministerio, su amor; y le asegura las gracias actuales útiles y necesarias (cf. PDV 70,5-6). Por lo tanto, es

una necesidad o exigencia intrínseca al mismo don divino; propia del ministerio sacramental recibido, que debe ser constantemente "vivificado" (PDV 70,13; DVMP 69,2). El sacramento del Orden, es también Palabra de Dios que llama y envía. Primero en la misma ordenación, por labios del obispo, que en nombre de Jesús dice "ven y sígueme". En ese momento el ordenando da una decidida y entusiasta respuesta, que luego debe renovar y confirmar continuamente (cf. PDV 70,9). Porque Dios llama, no sólo al sacerdocio, sino también en o durante la vida sacerdotal. Así el Señor llamó de nuevo a Pedro, después de la resurrección, para apacentar las ovejas; profetizó entonces que cuando fuera viejo sería llevado donde no quería, e insistió diciendo: ¡Sígueme! (cf. Jn 21,17-19). La FSP resulta, por tanto, "necesaria para discernir y seguir esta continua llamada o voluntad de Dios" (PDV 70,10).

La insistencia en motivaciones tomadas de la Palabra de Dios se advierte además en PDV 73,2.

1.3. La situación actual confirma y completa los motivos enunciados. Estamos en tiempos de rápidos cambios; las condiciones sociales y culturales son muy diferentes; en medio de ellas el sacerdote tiene que "mantener el paso" (PDV 70,7.13). No puede perder su identidad en un mundo secularizado (cf. DVMP 69,3). Al contrario, él siente -con la Iglesia- el desafío de lanzarse a una nueva evangelización (ibídem).

Como se puede apreciar, el estilo de impulsar la motivación es en general positivo; apenas se mencionan dificultades o crisis (cf. por ejemplo PDV 78,1-2; DVMP 71,3).

Para concluir, me parece interesante destacar, que la razón de ser de la FSP está planteada ante todo desde una profunda y sugerente visión de fe; en ésta, sin embargo, no dejan de ser asumidas y completadas las razones humanas, y la consideración de la situación actual (cf. PDV 70,8).

2. DESCRIPCIÓN Y FINALIDAD

A mi manera de entender, no se ha pretendido redactar una definición en sentido estricto. Pero hay muchos e interesantes elementos para una descripción. Por lo general, apuntan hacia los fines u objetivos que la FSP pretende. He aquí una enumeración, con cierto orden y sistema.

2.1. En relación con el Seminario, aparece como un proceso: "es la continuidad natural y absolutamente necesaria" (PDV 71,1). Es preciso, en consecuencia, advertir y respetar esa intrínseca relación. La FSP no consiste en una repetición de lo recibido; tampoco en una simple revisión o ampliación; tiene que ser un verdadero desarrollo; sin ruptura ni solución de continuidad; previsto y preparado desde el comienzo (cf. PDV 71,2-3; 42,5). Planteo interesante; a él se han de referir tantas discusiones de hoy; difícil, sin embargo, porque esa necesaria continuidad, tiene que intentarse en tiempos de cambios grandes, asumidos por la misma Iglesia.

2.2. En sí misma, la FSP también aparece descrita como un proceso de vida, un desarrollo personal:

- "mantener vivo un proceso, general e integral de continua maduración..." (PDV 71,4);

- "un medio necesario para que el presbítero de hoy alcance el fin de su vocación, que es el servicio de Dios y de su Pueblo (DVMP 71,1);

- consiste en ayudar a todos los sacerdotes, para que respondan generosamente a la dignidad y responsabilidad confiada por Dios en el sacramento del Orden; en "cuidar, defender y desarrollar su específica identidad y vocación"; "en santificarse a sí mismos y a los demás mediante el ejercicio del ministerio" (cf. DVMP 71,2);
- "ayudar al sacerdote a ser y a desempeñar su función en el espíritu y según el estilo de Jesús buen Pastor" (PDV 73,1).

2.3. Este proceso se determina y especifica por su finalidad. Apunta a madurar los diversos aspectos (humano, espiritual, intelectual y pastoral), y a procurar una orientación íntima y vital, a partir de la caridad pastoral (cf. PDV 71,4). Vale la pena insistir en el tema de la caridad pastoral, que debe ser "alma y forma" de la FSP, por infusión del Espíritu Santo (PDV 70,12). En el camino hacia la madurez, ese amor propio del pastor garantiza la unidad interior en la vida presbiteral (cf. PDV 72,9). La dimensión "eclesial" de la cual se habla más adelante (cf. 3.1.), completa este pensamiento.

Como he mencionado antes (cf. 2.2.), el fin de la FSP se explica asimismo con otros términos parecidos: encaminar al servicio de Dios y del prójimo; a la identificación con Cristo Pastor; a la santificación propia y de todos.

Me parece importante destacar que el proceso de FSP se describe y especifica en razón de una finalidad a lograr, porque en base a ella se tienen que establecer luego los criterios o principios generales para estructurarla y llevarla adelante (cf. DVMP 71,4-5).

2.4. Frente a Dios y sus dones, se plantea como una respuesta dada en la fe, que necesita renovarse y afirmarse a lo largo de la vida (cf. PDV 70,9). Así la FSP "es expresión y exigencia de la fidelidad del sacerdote a su ministerio, es más, a su propio ser" (PDV 70,11; cf. 75,2).

2.5. Como camino complejo de fidelidad a Dios, se afirma asimismo que es un "proceso de continua conversión" (PDV 70,11; cf. 79,1).

2.6. Frente al pueblo, a quien el sacerdote está llamado a servir, es un acto de amor; más aún, un acto de propia y verdadera justicia (cf. PDV 70,11; cf. DVMP 69,3).

Así pues, será preciso recordar y desarrollar, a lo largo de las etapas y a través de adecuados medios, estos aspectos más teológicos de la FSP: crecer en la vida según el Espíritu, en el afecto pastoral, asimilar el estilo de Jesús buen Pastor, madurar en fidelidad y conversión a Dios, etc.

3. DIMENSIONES Y CARACTERÍSTICAS

En estilos diferentes, ambos documentos destacan dimensiones y características de la FSP. Al recogerlos y enumerarlos, intentando cierto orden, se va completando la descripción de su significado, iniciada en el punto anterior.

3.1. Tiene, ante todo, un profundo sentido eclesial, porque a través de ella el sacerdote va logrando realizar su presencia y acción en la Iglesia: misterio, comunión y misión:

- en la Iglesia "misterio", el sacerdote está llamado a ser profundamente creyente, y a crecer siempre en su fe, para conservar y guardar esa verdad entera y sorprendente de sí mismo: es ministro de Cristo y dispensador de sus misterios (cf. PDV 73,4-5);

- en la Iglesia "comunidad", "debe crecer en la conciencia de la profunda comunión que lo vincula al Pueblo de Dios" (PDV 74,2). Por eso tiene que desarrollar la corresponsabilidad en la misión única de salvación que tiene la Iglesia, valorando todos los carismas y tareas, en un clima de diálogo y amistad (ib.). "Está llamado a madurar la conciencia de ser miembro de la Iglesia particular", que lo lleva a conocerla, a compartir su historia, a trabajar por ella con amor creciente (cf. PDV 74,3). De forma particular ha de "crecer en y con el propio presbiterio unido al Obispo", que es su verdadera familia (PDV 74,5). En comunión también con los carismas de la vida religiosa (cf. PDV 74,8), y en esa comunión más amplia que ha de existir entre las diversas iglesias particulares (cf. PDV 74,4);

- en la Iglesia "misión", sostiene y madura toda la gravedad y la maravilla de la tarea encomendada. Con San Pablo ha de repetir "¡ay de mí si no evangelizara!" (1Co 9,16), y siguiendo su ejemplo, debe cumplir fielmente el ministerio, a través de toda dificultad (cf. PDV 75).

3.2. En íntima relación con el mencionado sentido eclesial, se explica y comprende la FSP como un deber y un derecho del presbítero, y al mismo tiempo como un derecho y un deber de la Iglesia, que ha de impartirla (cf. DVMP 72).

3.3. Como lo dice la misma expresión utilizada ("permanente"), esta formación acompaña siempre al sacerdote; durante toda la vida; en cualquier edad y situación (cf. PDV 76,1; DVMP 73). Es verdad, sin embargo, que se dan situaciones especiales y etapas a lo largo de la vida, que vale la pena considerar. Se verá más adelante.

3.4. Ha de ser, además, una formación completa porque "debe comprender y armonizar todas las dimensiones de la vida sacerdotal" (DVMP 74,1). Para señalar esta característica se había usado también el término "integral". En los documentos y estudios recientes, se acostumbra distinguir cuatro áreas: humana, espiritual, intelectual y pastoral. Y resulta útil. Aunque se quiere mantener siempre una estrecha y armónica relación entre ellas (cf. PDV 72,9). Cada una, sin embargo, tiene un objetivo específico que la determina:

3.4.1. en la dimensión humana se pretende: "desarrollar una personalidad humana madurada en el espíritu de servicio a los demás, cualquiera sea el encargo recibido" (DVMP 74,1). Esto supone comprender las necesidades de la gente, ser capaz de compartir sus esperanzas y expectativas; sobre todo hacer propia la experiencia del dolor. En definitiva crecer -con ayuda de la gracia- en la caridad del Buen Pastor, porque Jesucristo es la más genuina y completa expresión de humanidad (cf. PDV 72,1-3; DVMP 75).

3.4.2. en lo espiritual se apunta a "poseer una vida espiritual profunda, nutrida por la intimidad con Jesucristo y del amor por la Iglesia" (DVMP 74,1). Se trata pues de participar, de manera cada vez más amplia y radical, de los sentimientos y actitudes de Cristo; fundamento de la vida según el Espíritu, y del radicalismo evangélico, al cual está llamado el sacerdote; así será auténtico y fecundo su sacerdocio (cf. PDV 72,4). En particular debe ser renovada la oración, como "búsqueda continuada de un verdadero encuentro personal con Jesús, de un coloquio confiado con el Padre, de una profunda experiencia del Espíritu" (PDV 72,5). Varios medios han sido recomendados para lograr el fin de un constante crecimiento espiritual (cf. DVMP 76).

3.4.3. en el área intelectual, se trata de estar preparado en las ciencias teológicas, y también en las humanas relacionadas con el ministerio, para desempeñar con mayor eficacia la función de testigo de la fe (cf. DVMP 74,1). Llamado a revelar el rostro de Dios en Jesucristo, el sacerdote necesita buscarlo y contemplarlo. El estudio teológico es requerido para "cumplir con fidelidad el ministerio de la Palabra" (PDV 72,7). Por lo demás, tanto las condiciones de la propia formación recibida en el Seminario, como la actual situación cultural, científica y social, urgen esta formación (cf. DVMP 77).

3.4.4. en el aspecto pastoral, ha de llevar a "ejercer su ministerio pastoral con empeño y dedicación" (DVMP 74,1). Desde una perspectiva teológica, se trata de estar "cada vez más abierto a acoger la caridad pastoral de Jesucristo", conferida por el Espíritu, ya desde la ordenación; es decir, puesto que la caridad pastoral "es un don y un deber, una gracia y una responsabilidad", es preciso ser fieles a ella, "asumirla y vivir su dinamismo hasta las exigencias más radicales" (PDV 72,8). Para lograr este objetivo, se han señalado muchas propuestas y sugerencias (cf. DVMP 78).

3.5. Por lo mismo que vamos apuntando, se afirma que la FSP ha de ser sistemática. Es decir, orgánica, estructurada. No improvisada, ni meramente ocasional. No puede ser "un mero episodio sino como una propuesta sistemática de contenidos, que se desarrolla por etapas y tiene modalidades precisas" (PDV 79,2). Hace falta, por lo tanto, "crear una cierta estructura organizativa, que establezca oportunamente los instrumentos, los tiempos y los contenidos para su concreta y adecuada realización" (DVMP 79,1). Este aspecto será retomado enseguida, al describir los aspectos más prácticos (siguientes 4-6).

3.6. Ha de ser, por fin, una formación personalizada. En primer término, porque procura prestar un servicio a cada sacerdote, llegar a él personalmente, haciéndose cargo de cada uno. No sólo ha de ser entonces un ofrecimiento de medios colectivos o comunes. En segundo lugar porque intenta que cada sacerdote asuma la responsabilidad de su propia formación, animado por el ejemplo de su Obispo y de sus hermanos en el sacerdocio (cf. DVMP 80; PDV 79,1).

4. EDADES Y SITUACIONES

Si bien la FSP tiene que ofrecerse y ser asumida siempre, hay edades de la vida sacerdotal y situaciones particulares, cuyas necesidades específicas deben ser reconocidas y atendidas como corresponde.

4.1. La consideración acerca de las edades, suele comprender sólo tres grandes grupos: sacerdotes jóvenes, de mediana edad y mayores, sin detalle sobre los años de ordenación. Los documentos señalan, por lo general, fines específicos para cada edad, a veces riesgos propios, y varios medios. Apunto solamente los conceptos fundamentales:

4.1.1. Los SACERDOTES JÓVENES: son la principal preocupación, porque la etapa que viven es decisiva. En este caso el objetivo particular consiste en: comprender y vivir la singular riqueza del sacerdocio como don de Dios; desarrollar las propias aptitudes; insertarse de manera convencida y responsable en el presbiterio; poner en práctica el ideal presbiteral y ministerial asimilado en el Seminario (cf. PDV 76,2.4; DVMP 93,1). Los

principales medios indicados son bastante conocidos: una adecuada estructura de apoyo, con guías y maestros apropiados; encuentros periódicos, prolongados y frecuentes, en clima de fraternidad; relación personal con el Obispo y un padre espiritual (cf. PDV 76,2.4-5; DVMP 93,1-3). Riesgo: cierta sensación de saciedad al salir del Seminario (cf. PDV 76,3).

4.1.2. Para los de MEDIANA EDAD, la formación ha de apuntar a: una continua revisión de sí mismos y de la actividad; la búsqueda constante de motivaciones y metodologías pastorales; mantener el espíritu vigilante y dispuesto a nuevas peticiones de salvación; crecer en comunión con el presbiterio y en amistad con el Obispo; superar el activismo y la rutina, como eventuales sentimientos de cansancio, frustración, soledad (cf. PDV 77,1; DVMP 94, 1-2). En los encuentros será preciso atender, no sólo a los contenidos teológicos y pastorales, sino también a las necesidades psicológicas y afectivas (cf. DVMP 94,3).

4.1.3. Al interesarse por los sacerdotes de EDAD AVANZADA, la formación ha de tender a que se sientan alentados y confirmados en la misión a la cual están aún llamados; reconocidos y aprovechados como maestros y formadores de otros sacerdotes, como expertos confesores y directores espirituales (cf. PDV 77,2; DVMP 95,1-2).

4.2. Entre las situaciones particulares, se mencionan en general aquellos que se encuentran en condición de debilidad física o cansancio moral. La formación permanente tiene que ofrecerles: el estímulo necesario para continuar su servicio y mantener la unión con el presbiterio; recursos pastorales y espirituales para sostener las motivaciones y la alegría del sacerdocio; aliento para edificar la Iglesia desde la pasión y la cruz (cf. PDV 77,3; DVMP 96,1-5).

Otra situación es la de soledad, que afecta al sacerdote en cualquier edad o etapa de la vida. En parte, es una experiencia inevitable, sobre todo cuando se quiere vivir según el Evangelio. Pero constituye también una seria dificultad, que en sus múltiples formas debe ser atendida, sobre todo desde la Iglesia "comunión" (cf. sugerencias de PDV 74,10). Por otra parte, la soledad es también una oportunidad positiva; "un elemento para la formación permanente", porque siguiendo a Jesús en su retiro se busca una soledad llena de Su presencia; un espacio conveniente para el crecimiento intelectual, espiritual o pastoral (cf. PDV 74,11; DVMP 97,2).

Como apuntaba más arriba, es un reto precisar y completar esta enumeración, a partir de la experiencia local y nacional.

5. RESPONSABLES

Varias son las personas e instituciones que se mencionan como responsables de la FSP. De todas ellas se espera una colaboración interesada, armónica, bien integrada.

5.1. Me parece muy interesante que, en la perspectiva de la Iglesia "comunión", tan presente en PDV, se menciona en primer lugar a la iglesia particular, "que bajo la guía del Obispo, tiene la responsabilidad de estimular y cuidar de diversos modos la formación permanente de los sacerdotes" (PDV 78,3). En ella no sólo se tiene en cuenta la organización diocesana, sino "la participación de vida entre el presbítero y la comunidad" (ib.). Incluso la experiencia cristiana de las personas humildes y sencillas; de los enamorados de Dios; aún las dudas y crisis de tantas situaciones personales y sociales; el

dolor, la enfermedad y la muerte. Así pues, se han de integrar en la FSP, tanto las circunstancias de vida de la gente, como sus variados aportes (cf. PDV 78,4-6).

5.2. A su vez, cada sacerdote es el primer responsable de su formación en la Iglesia. Debe estar, por lo tanto, "convencido de su necesidad y decidido a valorar sus ocasiones, tiempos y formas" (PDV 79,1). Así lo exige su vocación que es propia e irrepetible, a la cual va respondiendo en singulares condiciones y situaciones de vida (cf. DVMP 87,1-3).

5.3. Fundamental es la responsabilidad del Obispo, a través de quien los presbíteros reciben el sacerdocio, y con quien comparten la solicitud pastoral por el pueblo de Dios (cf. PDV 79,2). Varias son las tareas que se asignan a su responsabilidad específica (cf. PDV 79,2-3; DVMP 89); entre ellas se cuenta su testimonio, es decir el compromiso con su propia y personal formación permanente.

5.4. Con el Obispo colabora el presbiterio, de manera que "crezca y se desarrolle la cooperación de todos los presbíteros en el cuidado de su vida espiritual y humana, así como del servicio ministerial" (DVMP 88,1). El Consejo presbiteral es un organismo idóneo para ayudar en esto al Obispo (cf. DVMP 89,5).

5.5. Se menciona también un grupo de formadores, nombrados por el Obispo que, dotados de condiciones apropiadas, puedan ser sus colaboradores de confianza en esta importante tarea (cf. DVMP 90,1-3).

5.6. En el pueblo de Dios se destaca el papel de las familias, y en especial la familia propia del sacerdote, ya que ella puede ser testigo fiel y alentador de la misión que él ha recibido de Dios, sosteniéndola y compartiéndola con entrega y respeto (cf. PDV 79,4).

6. ORGANIZACIÓN Y MEDIOS

6.1. Por cuanto se requiere que la formación sea "sistemática" (arriba 3.5), su organización "debe tener la característica de la unidad y del progreso por etapas" (DVMP 81,1), apuntando a los objetivos generales y particulares ya mencionados (arriba 2 y 3). Ha de ser, pues, un itinerario que tenga en cuenta las edades y demás situaciones de la vida sacerdotal (arriba 4). Para lograrlo, se menciona repetidas veces la necesidad de preparar un plan o programa, con objetivos, contenidos e instrumentos, que será responsabilidad del Obispo en comunión con el presbiterio (cf. PDV 78,2; 79,2; DVMP 81,5; 86). Es oportuno buscar la colaboración de un "grupo de programación" y de realización, que no necesariamente coincide con los formadores, mencionados en 5.5. (cf. DVMP 90,4-5).

6.2. Entre los medios especiales se destaca el año pastoral, ubicado en el año sucesivo a la ordenación diaconal o presbiteral. Su finalidad es facilitar el paso del Seminario a la vida ministerial, y la maduración progresiva en las distintas dimensiones (cf. DVMP 82).

6.3. Aunque desde una visión providencial todo tiempo es favorable, se destacan como momentos privilegiados para la FSP: los encuentros para el diálogo, el estudio y la oración (cf. PDV 80). Los retiros y ejercicios espirituales (cf. DVMP 85).

6.4. Varias veces se menciona la dirección espiritual (cf. PDV 81,3; DVMP 39,2; 54,2; 85,5; 92).

6.5. A veces será necesario ofrecer al sacerdote tiempos más o menos prolongados, según su necesidad y las posibilidades. Suelen llamarse períodos sabáticos, y están destinados al estudio y la actualización, o se dedican a recobrar las fuerzas y el ánimo (cf. DVMP 83).

6.6. Son también una ayuda las formas de vida común (cf. PDV 81,1) y las asociaciones sacerdotales (cf. PDV 81,2; DVMP 88,1-3)

6.7. Con un gran sentido de Iglesia, se pide y se espera la variada colaboración que pueden ofrecer: las facultades e institutos de estudio (cf. PDV 79,3; DVMP 81,6; 92), la región o la relación entre varias diócesis (cf. PDV 79,2; DVMP 91), la Conferencia Episcopal (cf. DVMP 89,6), la vida religiosa (cf. PDV 74,9; DVMP 92), los monasterios y santuarios (cf. DVMP 83,5; 92).

6.8. Algunas necesidades muy especiales, requieren estructuras adaptadas, a nivel nacional o regional (cf. DVMP 84,2), que ojalá puedan ofrecerse a corto plazo.

CONCLUSIÓN

Hoy se aprecia, más que nunca, la visión amplia, teológica y bien fundada de las realidades pastorales. Esta es una de ellas. La que interesa más de cerca a los pastores. Se busca una acción evangelizadora orgánica y bien planificada. La FSP está incluida allí, y requiere esas mismas características. Por eso me parece que esta enseñanza de la Iglesia, nacida en parte de la experiencia, del diálogo, y de su rico tesoro, viene en nuestra ayuda. Incluso sirve de estímulo y de marco, a la reflexión sobre situaciones, necesidades y posibilidades muy particulares de la vida sacerdotal, que todavía requieren reflexión, y que de ordinario no se publican.

Confío que este repaso sirva para conocer y valorar cada vez más la FSP; que ayude a releer, resumir, profundizar, y completar cuanto se viene diciendo al respecto. Sobre todo, que impulse a emprenderla. De mi parte, quedo aún más interesado y comprometido que antes.

CÓMO VIVIR SACERDOTALMENTE LA SEMANA SANTA

Pbro. Raúl Troncoso - Azul¹

I. INTRODUCCIÓN

Seguramente nos preguntemos el por qué de esta reflexión. Simplemente porque a todos los sacerdotes: párrocos, vicarios, responsables de comunicaciones barriales, rurales, capillas, capellanías, comunidades educativas, formadores, etc., etc. y en edades distintas: jóvenes, edad intermedia, mayores, tenemos experiencia comunes y distintas de cómo vivimos el Tiempo de Semana Santa.

Por fidelidad al Señor y a las exigencias de nuestras comunidades, desplegamos una actividad Pastoral mayor a lo que realizamos diariamente. Sentimos la necesidad de una mayor presencia para atender y preparar a nuestros hermanos. Celebraciones más exigidas en tiempo. Quizás una paciente dedicación a quienes sienten la necesidad de reconciliarse. Vivimos la responsabilidad de acompañar y guiar a los grupos, equipos, que participan activamente en las celebraciones.

Si además de nuestra Parroquia o lugar de residencia, atendemos a barrios o zonas rurales, el esfuerzo y el tiempo son mayores.

Normalmente sentimos alivio cuando todo pasa. Terminamos las Celebraciones Pascuales, en muchas oportunidades, abatidos por el esfuerzo y cansancio; sin mucha alegría o quizá un poco disconformes, porque no sentimos que los frutos compensen el esfuerzo. Quizá tensos, porque no podemos responder a las exigencias que nos requieren: tiempo, respuestas, consejos. No podemos llegar a todos. Físicamente nos sentimos limitados: sentido de impotencia que quita espacio a la alegría y reflexión. Falta de tiempo para nosotros, sin haber podido prepararnos como quisiéramos. No ubicar espacios para la oración. Nos hace sentir que no logramos vivir este Tiempo de Semana Santa para estar más cerca del Señor.

Pero no se agotan en esta simple descripción todos nuestros sentimientos; porque también vivimos la alegría de muchos hermanos que se acercan al Amor Misericordioso del Señor. Experimentamos en muchos, deseos de modificar actitudes y de cambiar de corazón. Necesidad de la presencia de Dios en la vida personal y familiar. Gozamos de constatar verdaderas conversiones. En hermanos con crisis y conflictos nos sentimos instrumentos del Señor para ayudar a discernir pautas y alternativas capaces de recomponer vidas, familias, comunidades.

Todos estos sentimientos: los que no responden a nuestros deseos y expectativas sacerdotales y por lo tanto no llenan totalmente nuestras vidas; y aquellos que son causa de alegría y confirman la razón de ser de nuestra consagración, se entremezclan y los vivimos hondamente. Tenemos la necesidad de unificarlos, de lo contrario:

a) Viviremos una cierta culpa o nostalgia por lo que dejamos de hacer que nos inmoviliza para la reflexión;

b) O cultivamos una euforia que no descubre nuestras limitaciones, sin capacidad de autocrítica que nos permita seguir avanzando y creciendo en el Amor del Señor;

¹ El autor es Cura párroco en la ciudad de Tandil, Diócesis de Azul

c) Si no logramos incorporar unificando, estos tipos de vivencia, el tiempo nos llevará a sentir inconscientemente una mediocridad, que nos desgastará lentamente quitándonos el gozo y la alegría de este Tiempo tan fuerte y tan rico para el crecimiento y madurez de los Pastores.

Esta es la respuesta al por qué de esta reflexión sacerdotal.

II. TEXTOS QUE PUEDEN SER PAUTAS PARA UNIFICAR NUESTRAS ACTITUDES Y VIVENCIAS

Es necesario escuchar la Palabra de Nuestra Madre la Iglesia. Ella como Madre y Maestra, nos entrega pautas, nos abre caminos, que en la reflexión y puestos en oración y en diálogos con hermanos sacerdotes, nos puede ayudar a ir unificando armónicamente nuestras vidas de consagrados.

Son textos que siempre tienen que estar presentes en nosotros.

En la disponibilidad de quien necesita escuchar para seguir siendo fiel y en la certeza de que, en su lectura encontraremos motivos para seguir siendo alegres, esperanzados en nuestras vidas de Pastores, leamos sobre el N° 14 del DECRETO SOBRE EL MINISTERIO DE LOS PRESBITEROS

"UNIDAD Y ARMONÍA DE LA VIDA DE LOS PRESBITEROS"

En el mundo moderno, en el que los hombres deben cumplir tan múltiples deberes y es tanta la variedad de problemas que deben ser a menudo rápidamente resueltos, corren no raras veces peligro de disiparse en diversas cosas. En cuanto a los presbíteros, envueltos y distraídos en las muchísimas obligaciones de su ministerio, no sin ansiedad buscan acaso cómo puedan reducir a unidad su vida interior con el trabajo de la acción externa. Esa unidad de vida no puede lograrla ni la mera ordenación exterior de las obras del ministerio, ni por mucho que contribuya a fomentarla, la sola práctica de los ejercicios de piedad. Pueden, empero, construirla los presbíteros, si, en el cumplimiento de su ministerio, siguieren el ejemplo de Cristo, cuya comida era hacer la voluntad de Aquél que lo envió para que llevara a cabo su obra.

A decir verdad, para cumplir incesantemente esa misma voluntad del Padre en el mundo de la Iglesia, Cristo obra por sus ministros y, por ende, Él permanece siempre principio y fuente de la unidad de vida de ellos. De donde sigue que los presbíteros conseguirán la unidad de su vida uniéndose a Cristo en el conocimiento de su voluntad, y en el don de sí mismos por el rebaño que les ha sido confiado.

Así, desempeñando el oficio de buen pastor, en el mismo ejercicio de la caridad pastoral hallarán el vínculo de la perfección sacerdotal, que reduzca a unidad su vida y acción. Esta caridad pastoral fluye ciertamente, sobre todo, del sacrificio eucarístico, que es, por ende, centro y raíz de toda la vida del presbítero, de suerte que el alma sacerdotal se esfuerce en reproducir en sí misma lo que se hace en el ara sacrificial. Pero esto no puede lograrse si los sacerdotes mismo no penetran, por la oración, cada vez más íntimamente en el ministerio de Cristo.

Para que puedan verificar también concretamente la unidad de su vida, consideren todas sus empresas, examinando cuál sea la voluntad de Dios, es decir, hasta qué punto se conforman sus empresas con las normas de la misión evangélica de la Iglesia. Y es así que la fidelidad de Cristo no puede separarse de la fidelidad a la Iglesia. Así, pues, la caridad pastoral pide

que, para no correr en vano, trabajen siempre los presbíteros en vínculo de comunión con los obispos y con los otros hermanos en el sacerdocio. Obrando de esta manera, los presbíteros hallarán la unidad de su propia vida en la unidad misma de la misión de la Iglesia, y así se unirán con su Señor, y, por Él, con el Padre, en el Espíritu Santo, para que puedan llenarse de consolación y sobreabundar de gozo.

La lectura reflexiva de este texto nos ayudará a encontrar el equilibrio y la tan deseada Unidad en nuestra vida de Pastores. Por nuestra cultura y formación, tenemos una tendencia a dividir: por una parte nuestra Vida Espiritual y por otra nuestra Vida Apostólica.

En la interpretación teórica lo vemos más claro, pero en la práctica diaria muchas veces sentimos como que no nos cierra, algo falta. El tiempo, los años, la paciencia, ayudarán a ir unificando. Lo importante es comprenderlo; nuestra maduración en la Fe nos permitirá vivirlo.

"LA CARIDAD PASTORAL (MANIFESTACIÓN DE LA CARIDAD DE CRISTO)"

La caridad pastoral constituye el principio interior y dinámico capaz de unificar las múltiples y diversas actividades del sacerdote y -dado el contexto socio cultural en el que vive- es instrumento indispensable para llevar a los hombres a la vida de la gracia.

Plasmada con esta caridad, la actividad ministerial será una manifestación de la caridad de Cristo, de la que el presbítero sabrá expresar actitudes y conductas hasta la donación total de sí mismo a la grey, que le ha sido confiada.

La asimilación de la caridad pastoral de Cristo -de manera que dé forma a la propia vida- es una meta, que exige del sacerdote continuos esfuerzos y sacrificios, porque ésta no se improvisa, no conoce descanso y no se puede alcanzar de una vez para siempre. El ministro de Cristo se sentirá obligado a vivir esta realidad y dar testimonio de ella, incluso cuando, por su edad, se le quite el peso de encargos pastorales concretos.

(DIRECTORIO PARA EL MINISTERIO Y LA VIDA DE LOS PRESBÍTEROS. N° 43).

Cuando tomamos conciencia que la presencia del Señor forma parte de nuestra vida de Pastores, redescubriremos el sentido de nuestra Consagración viviendo su UNIDAD.

III. ALGUNAS REFLEXIONES PARA ORIENTAR SACERDOTALMENTE EL SENTIDO DE CADA DÍA

No son exclusivas. Cuando nuestra Fe madure y crezca sabremos discernir por dónde debemos orientar nuestras reflexiones.

La Pascua que vivimos tiene expresiones de un Amor que se manifiesta de maneras distintas, por eso me pareció oportuno, una reflexión para cada día.

JUEVES SANTO:

Día de un profundo agradecimiento:

- a) El Señor nos deja su testamento: El Amor que se hace servicio.
- b) Su Amor se hace Eucaristía.
- c) Su Amor nos participa y se hace sacerdocio.

a) SERVICIO A LOS HERMANOS SACERDOTES

Momento privilegiado para reflexionar la servicialidad de nuestro Amor. La importancia del Amor vivido con nuestros hermanos del Presbiterio. Cuál es en la práctica la servicialidad vivida con el vicario o el párroco; con los hermanos cercanos: jóvenes o mayores; los que comparten o no la misma línea pastoral; los que comparten o no nuestras reuniones Diocesanas, zonales o vicariales. El lugar que le damos en nuestro corazón a los consagrados solos, que viven situaciones difíciles. Si vamos logrando ese movimiento del corazón por el cual interpretamos lo que les pasa a los demás y estamos a su servicio.

SERVICIO A NUESTROS HERMANOS LOS HOMBRES

Siempre el Amor servicial nos vuelve inteligentes, porque nos hace descubrir qué quiere el Señor para nuestros hermanos. Adheridos a los sentimientos de Jesús que "Lava los pies de sus Apóstoles": revisemos nuestro servicio a los miembros de nuestras comunidades.

Si nos sentimos responsables en la historia de la Salvación, como Jesús, el Buen Pastor:

Nadie puede quedar excluido de nuestra mirada de Pastores: "También tengo otras ovejas que no son del redil" (Jn 10,16).

Si deseamos unirlos a todos. "Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como la gallina reúne a los pollitos bajo sus alas" (Mt 23,37).

Pensar en nuestra disponibilidad total. Sensibilidad para captar necesidades y problemas. Generosidad en la hora del sacrificio y la prueba.

b) EL AMOR QUE SE HACE EUCARISTÍA

Simplemente orar con el texto N° 48: EL MINISTERIO EUCARÍSTICO (del DIRECTORIO PARA EL MINISTERIO Y LA VIDA DE LOS PRESBITEROS).

Una Visión clara y concisa de la relación: Eucaristía, caridad Pastoral y Unidad de Vida.

Si bien el ministerio de la Palabra es un elemento fundamental en la labor sacerdotal, el núcleo y centro vital es, sin duda, la Eucaristía: presencia real en el tiempo del único y eterno sacrificio de Cristo.

La Eucaristía -memorial sacramental de la muerte y resurrección de Cristo, representación real y eficaz del único Sacrificio redentor, fuente y culmen de la vida cristiana y de toda la evangelización- es el medio y el fin del ministerio sacerdotal, ya que "todos los ministerios eclesiales y obras de apostolado están íntimamente trabados con la Eucaristía y a ella se ordenan". El presbítero, consagrado para perpetuar el Santo Sacrificio, se manifiesta así, del modo más evidente, su identidad.

De hecho, existe una íntima unión entre la primacía de la Eucaristía, la caridad pastoral y la unidad de vida del presbítero: en ella encuentra las señales decisivas para el itinerario de santidad al que está específicamente llamado.

Si el presbítero presta a Cristo -Sumo y Eterno Sacerdote- la inteligencia, la voluntad, la voz y los años para que mediante su propio ministerio pueda ofrecer al Padre el sacrificio sacramental de la redención, él deberá aprender a unirse íntimamente a la ofrenda, poniendo sobre el altar el sacrificio de la vida entera como signo claro del amor gratuito y providente de Dios.

c) EL AMOR QUE SE HACE SACERDOCIO

La participación de su sacerdocio. Momento que nos toca muy hondo. Revivir la alegría del llamado. Descubrir una vez mas la Gratuidad del Don Sacerdotal. Dios llama cuando quiere, a quien quiere y como quiere. "Elegió a los que quiso" (Mc 3,13). Somos "sus amigos" (Jn 15,14).

La Gratuidad de la vocación sacerdotal está estrechamente ligada a su Amor de predilección.

Guardemos un tiempo para orar y reflexionar: con quién es el motivo de nuestra Consagración: el Señor Jesús y redescubrir la generosidad de la primera entrega, donde sin cálculos ni especulaciones le hemos entregado el corazón.

El Amor que se hace servicio, el Amor que se hace Eucaristía y el Amor que se hace Sacerdocio, será otro elemento a comprender y profundizar nuestra Unidad de Vida como Pastores.

VIERNES SANTO:

Compartir la Cena con sus Apóstoles y el Calvario -que guardan íntima relación con la Glorificación- constituye la plenitud del sacerdocio de Jesús. Su Amor Sacerdotal lo llevó a inmolar su Vida, de quien es Hijo de Dios (Jn 10,15-18).

No hay Amor más grande que el que da la vida por el amigo.

En la serenidad que nos da la oración, dejémonos invadir por su Amor. La entrega de su Vida nos devuelve la Vida. Su muerte es semilla de Nueva Vida. Nuestro esfuerzo en este día será abandonarnos en sus manos y no poner límite a su Amor. Es una jornada para revivir su Amor Misericordioso. Dejemos un espacio para pensar en su Amor y en su Cruz; que dan sentido a nuestro amor y a nuestras cruces como Pastores.

La Cruz es un hecho de la condición humana; no tiene un valor en sí mismo, solo la Fe puede darle sentido. Por Jesús, que asumió toda la condición humana, la cruz y el sufrimiento pueden encontrar un lugar en el Reino. La Cruz sin fe desgasta la Vida. La Cruz a la luz de la Fe nos madura.

Como Jesús, los Pastores tenemos cruces. Constituyen nuestro Camino de Ascesis. Es la Iglesia ideal que no existe, pero que diariamente tenemos que asumir; la comunidad ideal, casa de formación, movimientos ideales que no existen, pero tenemos que ir construyéndolos cada día. El sacerdocio ideal que no existe, pero que en el esfuerzo continuo tenemos que consolidarlo y hacerlo crecer y madurar.

Como Jesús, la cruz de la incompreensión, para hacer creíble el valor de la pobreza, el Celibato. Los planes pastorales que no dan resultado esperado, que a veces nos desgasta y desanima. El esfuerzo de la catequesis y la dispersión después de recibir los Sacramentos; ¡cuántas cosas más podríamos enumerar de nuestra vida sacerdotal! Nuestras limitaciones, en nuestro carácter y temperamento, que son parte de nuestra vida de consagrados. Sin el Señor todo nos amarga y deteriora. Unidos a sus sentimientos, son motivo de purificación, da mayor fidelidad de crecimiento del Reino. Nuestra disponibilidad, hace posible que la Fe, la vayamos viviendo en nuestras vidas, asumiendo progresivamente la Unidad de Vida, que nos vuelve coherentes, libres y simples.

SÁBADO SANTO:

Toda la liturgia de la Vigilia es un canto a la Vida Nueva, una restauración de todas las cosas y de toda la humanidad en Cristo.

El sacerdote es un signo del Señor Resucitado. La misión sacerdotal es para anunciar, comunicar, hacer presente ya, desde ahora, el misterio de Cristo que un día será plenitud. Es el día de morir a lo que nos impide crecer, a lo que reduce nuestra capacidad para interpretar la vida: nuestros pecados, para resucitar a la Nueva Vida. Para vivir el Gozo Pascual de ser Pastores:

El Pastor es el Apóstol de la Esperanza, porque anuncia a Cristo Resucitado (1 Tim 1,2).

La resurrección consolida la fe, disfruta la esperanza, fortalece el amor.

Toda nuestra vida de consagrados será continuas muertes y resurrecciones -es el proceso de conversión- hasta la Resurrección definitiva. Es la seguridad de la Victoria definitiva, que debemos realizarla en cada uno de nosotros.

Hombres, gozosos, libres, esperanzados, anunciando lo que Cristo realizó y que se sigue realizando a través de toda nuestra vida sacerdotal como Pastores.

CONCLUSIÓN

Los Pastores que podríamos decir fuimos concebidos en la larga noche de oración en la que el Señor habló al Padre acerca de sus Apóstoles y ciertamente, de aquellos, que a lo largo de los siglos, participaron de la misma misión (Lc 6,12; Jn 17,15-20; DIRECTORIO PARA EL MINISTERIO Y LA VIDA DE LOS PRESBITEROS, N° 28).

Esos pastores somos nosotros asociados como fruto del Amor de Jesús en su oración al Padre. Somos totalmente de Él. Es el motivo de nuestra consagración. Cuanto descubrimos su interioridad, iremos incorporando a nuestras vidas de consagrados sus actitudes. Su presencia es la que Unifica nuestras vidas. En el ejercicio de nuestro ministerio, la presencia de la Caridad Pastoral refleja la Unidad de vida alentada y fortalecida con la Presencia del Señor.

Que María, nuestra Madre, Imagen y Modelo de Madurez en la fe y Disponibilidad al servicio de Dios, nos ayude a entender y comprender que el conocimiento y Amor a su Hijo Jesús, nos llevará a vivir con gozo y alegría la Armonía y Unidad de Vida que hace más fecunda la labor y entrega de los Pastores.

CRECIENDO EN INTIMIDAD

Lic. Rosario Lagomarsino de Uribe¹

Transmitir algunas ideas sobre la intimidad surge como una necesidad al ir descubriendo la importancia de la misma en la búsqueda de la madurez personal.

Búsqueda que empieza y no termina sino que avanza continuamente como una espiral que crece hacia arriba, a veces dando vuelta en círculos, más grandes o más pequeños, animándose por fin a saltar, para otra vez volver a circunvalar, rumiar, prepararse para nuevamente dar el salto. Y esto lleva toda la vida.

Un intento de definición

La intimidad es aquella parte más particular y más reservada de la persona que se va haciendo más consciente y por lo tanto más enriquecedora cuanto más nos animamos a trabajar con ella.

Es parte del mundo interno de la persona. Espacio de transición entre este mundo interno y el mundo externo donde se desarrolla una interacción flexible de todo aquello que vamos vivenciando y experimentando.

La intimidad exige estar a la escucha de las propias vivencias y para esto es necesario hacer silencio, crear espacios de soledad.

Porque es justamente cuando el hombre se queda solo, consigo mismo, que se retrae a su intimidad, se encuentra con ella y ahí se enfrenta con las cosas, con lo real que lo inquieta y donde entonces empieza a preguntarse.

Es en este silencio donde aparece el precioso misterio de cada persona, de la persona misma.

La intimidad y el silencio

La vida de hoy es a veces un poco desordenada, demasiado llena de ocupaciones y preocupaciones que atentan contra el silencio necesario para encontrarnos.

Las múltiples actividades que se tienen y muchas veces se crean, apartan de lo verdaderamente importante, corren a la persona de su centro, y hacen que se pierda el profundo sentido de la realidad misma.

Sería bueno detenerse a pensar si llenarse de tantas cosas, aturdirse con tanto bullicio, no es una forma de huida de uno mismo, de evitar aquello que nos es más desconocido, que no está tanto bajo nuestro control. Si no es una forma de evadir un compromiso más integral con nosotros mismos y con la realidad misma.

Simplemente preguntarse y volverse a preguntar. Este es el comienzo de la gran aventura que es bucear dentro de nosotros mismos.

Pero crear espacios de soledad interior no es fácil. Es animarse a encontrarse con uno mismo, con las propias verdades y limitaciones, a veces difíciles de escuchar.

Los ruidos no sólo vienen de afuera, también provienen de la interioridad de la persona, de las preocupaciones, los miedos, las necesidades, los deseos, las ansiedades, de la historia de cada uno. Muchos de ellos son inconscientes pero igualmente dan cuenta de una

¹ La autora es Licenciada en Psicología y dedica buena parte de su tiempo al servicio de sacerdotes y seminaristas.

interioridad que está viva, que es parte nuestra, y que es necesario encontrarla para empezar a liberarse.

Muchas veces, cargamos con pesados fantasmas que no nos atrevemos a enfrentar. Pero la realidad siempre supera a la fantasía. Al salir al encuentro de los fantasmas, los despojamos de su mayor fuerza que es el hecho de no ser reales, el hecho de ser desconocidos.

Cuando la realidad cubre con su manto de verdad a la fantasía, ella tiende a desaparecer o por lo menos disminuye su influencia.

La intimidad permite el conocimiento personal y evita que la ilusión o la fantasía sobrevivan.

El crecer en intimidad es crecer en realismo y por lo tanto, es crecer en libertad.

La gimnasia de la intimidad

El crear espacios de soledad interior, el hacer silencio, el animarse a penetrar en uno mismo, el escuchar las vivencias, el hacerlas carne, son los primeros pasos.

El no entender, el preguntarse y re-preguntarse, el darse cuenta son parte de una "gimnasia" cuyo resultado es empezar a comprender, a encontrar los significados.

Comprender no es entender. Comprendo con todo mi ser, no sólo con el pensamiento. Comprendo con el corazón y el corazón es una buena imagen de la síntesis del hombre que es cuerpo y alma, materia y espíritu.

Si el crecer en intimidad es una "gimnasia", cuanto más se la practica más fácil se nos hace acceder a ella. Por eso ella exige una disciplina.

Tal vez hoy esta palabra está bastante descreditada, ha perdido prestigio, y es importante rescatar su valor.

Toda disciplina debería tener un sentido que la trascienda, sino obviamente en vez de promover el crecimiento de la persona, la empobrece.

La disciplina debe estar al servicio de la persona y no al revés, es un medio y no al revés, es un medio y no un fin. El valor de la disciplina como medio para la autoeducación, radica en lograr la plenificación de la persona en cuanto tal, que esta persona logre ser más y mejor persona.

Rescatar al valor de la disciplina como camino a seguir, como rutina.

El riesgo de lo rutinario

Sin embargo, este plan puede volverse rutinario. En realidad, todo lo que el hombre encara tiene que ver con una rutina, sería imposible vivir sin ella. El problema es cuando la rutina se vuelve rutinaria.

Cuando nuestro plan de autoeducación, nuestra disciplina se rigidiza, se "burocratiza", pierde vitalidad. En el fondo pierde su sentido y por lo tanto, no ayuda a alcanzar la plenitud del ser.

El peligro es creer que uno combate lo rutinario aumentando sus actividades. No es necesaria mucha actividad para evitar lo rutinario, el aburrimiento, en última instancia el sin sentido. El activismo no trae más energía, lo único que se logra es un desgaste aún mayor.

Lo rutinario se combate justamente recuperando el sentido, el centro, esa rutina que ayuda a volver a replegarse sobre uno mismo, que ayuda a reencontrar al yo con toda su dinámica y su energía.

Lo bueno es que cuando la intimidad se ha experimentado en profundidad, sigue presente también en los momentos más embarullados o de mayor superficialidad. Es como un capital con el que se puede contar y al que automáticamente se puede recurrir. Es un firme respaldo siempre y en todo, siempre teniendo cuidado de no consumir todo el capital.

La intimidad y los otros

Intimidad es distinto a encierro en sí mismo.

Justamente es a partir de este encuentro profundo con uno mismo, donde la persona logra ir definiendo su identidad, concretando su ser autónomo y es entonces donde puede descubrir más plenamente al otro.

Este otro que es distinto y complementario.

Indudablemente, en este crecimiento hacia la madurez los demás son una pieza fundamental. Desde el comienzo de la vida, el otro es fuente de aprendizaje. Pero no solo el otro es. De la dinámica propia de la relación en general y de cada relación en particular entre un yo y un tú, surgen continuamente nuevos aspectos enriquecedores.

Es claro que para que esto se dé más plenamente, es necesario cierto grado de autonomía, de diferenciación y discriminación del yo. Sólo así es posible ponerse en el lugar del otro. De lo contrario, la persona puede confundirse dejando de lado aspectos propios importantes y dando prioridad sólo a los del otro, es ser exclusivamente para otro. O al revés, no teniendo para nada en cuenta al otro, no se lo respeta, es como si no existiera, el otro es un yo igual a mí.

Sólo puede darse verdaderamente, aquel que con anterioridad se posee, porque nadie da lo que no tiene. Y también sólo aquel que se posee puede abrir sin miedo, con confianza su intimidad a otro.

Intimidad y sacerdocio

A esta altura del artículo, estas líneas podrían servirle a cualquier persona. Pero el mismo está incluido en una revista dedicada fundamentalmente a sacerdotes.

Entonces, por qué escribir sobre la intimidad en "Pastores".

Primero, porque los sacerdotes antes de serlo son personas y por lo tanto, como cualquiera están llamados a crecer en la plenitud de su ser, en la búsqueda de la madurez personal.

Segundo, porque "trabajan" con personas. Y en esto es fundamental para aquellos que trabajamos con personas, el compromiso firme en lo que se refiere a trabajar con nosotros mismos, el compromiso de seguir creciendo en intimidad, siempre.

Difícilmente podremos ayudar a otros, si no hay un serio trabajo personal de constante preguntarse y una actitud de escucha sincera.

El encontrar un sentido a la historia personal, el cómo se enmarca nuestro presente en nuestro pasado, el tratar de comprender nuestras reacciones y nuestros estados de ánimo, el intentar bucear el sentido de los acontecimientos cotidianos, el darnos cuenta de nuestras vivencias, etc.

Muchas veces esto no se puede hacer solo. Porque nos desborda, porque no sabemos cómo, porque la mirada del otro es más objetiva. Es entonces cuando se hace necesaria la ayuda de otro. Puede llamarse director espiritual, guía, compañero, comunidad, profesionales (psiquiatras, psicólogos, consejeros psicológicos).

A veces, se necesita alguien que repita lo que hemos oído, lo que nos hemos dado cuenta, etc., quizás muchas veces, hasta que finalmente podamos escucharlo y hacerlo carne.

Tercero, porque el sacerdote es hombre de Dios. Y Dios se hace presente en lo cotidiano, en lo pequeño, en la intimidad de cada uno. Porque el poder volverse sobre uno mismo, el hacer silencio ayudan a orar. Porque intimar es orar y para el sacerdote la oración es el encuentro con el Ser amado, con el Esposo. Y es en este encuentro a través de la oración donde el sacerdote halla la fuerza y el sentido de su ministerio.

Y es también en la oración, experimentando el ser más profundo, que se vivencia la propia nada, el pecado y es sólo allí donde la verdad de Cristo como Salvador se hace presente y donde se conoce el goce de la Salvación como realidad. Sólo se puede transmitir este mensaje si se ha vivido esto en carne propia.

Cuarto, porque el sacerdote es célibe. Él decide libremente dedicarse a Dios, a Cristo, que Él sea el Amor de su vida y que todos los demás amores se incluyan en Este. Desde lo humano esto parece imposible o por lo menos bastante difícil de sostener en el tiempo. Sólo una intimidad profunda con el Amado fortalece su celibato y afirma su fidelidad.

Más allá del sentido trascendente de la vocación sacerdotal, existen aspectos psicológicos que tienen que ver con la misma, que son parte de la condición humana y que, en última instancia toda vocación de vida o profesional tienen.

Trabajar en el discernimiento de dichos aspectos es un desafío que no se puede dejar de lado.

Muchas veces, estos aspectos pueden ser condicionantes o limitantes del ejercicio pleno del ministerio. En la medida que uno puede darse cuenta de ellos, que los hace más conscientes, el condicionamiento pierde fuerza y por lo tanto su influencia.

Es cierto, por otro lado, que Dios también se vale de ellos y escribe derecho sobre renglones torcidos. Pero esto último no invalida el compromiso a trabajar con ellos y depurarlos para que no interfieran negativamente sobre cada uno y en consecuencia, sobre los demás.

Algunos de estos aspectos los he nombrado más arriba (la historia de cada uno, los miedos, las vivencias, etc.), otros pueden ser la autoestima, el tipo de vínculo que se establece (más dependiente o más autoritario, más pasivo, etc.), las exigencias.

Estos aspectos tienen matices distintos en cada persona porque depende de la historia de cada uno.

A modo de conclusión

Para terminar y concretando, les dejo una serie de preguntas o situaciones que les pueden ayudar a reflexionar y a darse cuenta. Traten de ser sinceros y si aparecen justificaciones o excusas déjenlas de lado. Por más que ellas sean válidas, lo único que harán es trabar este intento de introspección.

* ¿Qué acontecimientos y/o experiencias, positivas y negativas, reconozco como importantes en mi historia personal? ¿Me doy cuenta cómo influyeron o influyen hoy en mi personalidad y en el trato con los demás?

* Desde mi historia y, teniendo en cuenta la pregunta anterior, ¿me doy cuenta por qué elegí ser sacerdote, más allá de las razones trascendentes? ¿Qué significa dentro de mi historia el ser sacerdote?

* ¿Qué imagen de padre tengo? ¿Cómo es o era mi papá? ¿Qué recuerdos tengo de él? ¿Qué imagen tengo de Dios? ¿Cómo es mi relación con Él? ¿Tiene algo que ver la imagen de mi padre con la de Dios? En caso afirmativo, ¿cómo repercute esto en mi relación con Dios?

* ¿Qué imagen de madre tengo? ¿Puedo integrar en mi personalidad aspectos más femeninos, como la ternura, la receptividad, la intuición, la capacidad de intimar, o las rechazo totalmente?

* ¿Me doy cuenta cómo influyen los distintos acontecimientos del día en mi estado de ánimo? ¿Puedo discriminar lo que siento, los afectos que se despiertan frente a situaciones cotidianas?

* ¿Puedo darme cuenta del tipo de vínculos que establezco con las personas? ¿Soy más dependiente del otro o tomo demasiada distancia? ¿Soy autoritario? ¿Busco satisfacer constantemente al otro?

* Cuando preparo un sermón, cuando doy un consejo: ¿en qué pienso?, ¿en quién pienso?, ¿me puedo poner en el lugar del otro?, ¿en lo que el otro puede estar necesitando o lo fundamental es solamente bajar líneas?

* Las múltiples actividades que realizo, a veces bajo la excusa de la importancia del trabajo pastoral, ¿para qué me sirven?

- ¿es una búsqueda de prestigio?;
- ¿de buscar sólo el reconocimiento y el afecto de los demás?;
- ¿es sólo una forma de aumentar mi autoestima?;
- ¿es una forma de evitar un mayor compromiso, sobre todo afectivo (el que mucho abarca poco aprieta)?;
- ¿sirven para satisfacer un ideal del yo insaciable?;
- ¿sirven para probar mi omnipotencia?;
- ¿es una forma de evitar la soledad, de encontrarme conmigo mismo?

* Considerando aquello que me di cuenta hasta ahora, puedo percibir más claramente cuáles son mis miedos y mis fantasmas.

Habría más, pero creo que éstas son suficientes como excusa para iniciar o retomar el crecimiento de la intimidad.

El vivir en intimidad no significa estar todo el tiempo vuelto sobre uno mismo, como encerrado.

Es una actitud de vida, un clima que si alguien lo vive también lo transmite.

Por último, creo importante recalcar que en la medida que vivimos empapados de esta atmósfera, vivimos más plenamente. Porque experimentamos que el crecer en intimidad permite un anclaje en el propio ser y en el Ser.

Anclaje que asegura y fortalece, que da frutos plenos y maduros.

LOS SACERDOTES COMO HIJOS Y HERMANOS EL PRESBITERO Y SUS VINCULOS EN LA FAMILIA DE DIOS (II)

Pbro. Carlos María Galli
Buenos Aires

El misterio del presbítero se ilumina en Cristo, Hijo del Padre y Hermano de los hombres y en la Iglesia, Pueblo de Dios que es familia, madre y fraternidad. Según lo anunciado en la entrega anterior¹ este segundo artículo profundiza su figura como hijo y hermano, dejando para el último sus relaciones como esposo y padre. Se consideran unos pocos aspectos de estas dimensiones y se sugieren algunas líneas para la reflexión y el diálogo² que nos ayuden a delinear una visión familiar del presbítero y de sus vínculos eclesiales.

4. LOS PRESBITEROS COMO HIJOS

Como todos los cristianos los sacerdotes somos hijos de Dios Padre (a) y de la Iglesia Madre (b), llamados a vivir una espiritualidad filial y por eso eclesial y mariana (c).

a. HIJOS DE DIOS PADRE:

El presbítero se descubre en el Unigénito del Padre, cuyo Espíritu nos abre el acceso a Dios (Ef 2,18). Al revelar al Padre y revelarse como Hijo Jesús nos revela que los hombres, en El, somos hijos muy amados. La paternidad significa, por un lado, el origen o la comunicación de vida, y por ello el autor y su autoridad; por el otro el amor del padre, cuidadoso y responsable. La vida que el padre entrega amorosamente al hijo es regida con autoridad y cuidada con ternura. Al designar a Dios Padre la fe reconoce ambos aspectos: “Dios es origen primero de todo y autoridad trascendente, que es al mismo tiempo bondad y solicitud amorosa para todos sus hijos” (CATIC 239)³.

Para J. C. Maccarone el sacerdocio recibe su identidad y misión en un principio cordial: el corazón del Padre, presente en la historia por el corazón de su Hijo, entregado (Jn 3,16) y enviado (Gal 4,6) a nosotros. En esa cadena misionera se inserta el ministerio apostólico: “Como el Padre me ha enviado así también los envió a ustedes” (Jn 20,21). Aquel tiene un carácter patrogenético porque deriva “del amor fontal del Padre” (AG 2) y una esencial “relatividad” porque se encuentra, en Cristo, como suspendido entre el Padre y el mundo, en un constante “éxtasis” al servicio de los hombres⁴. Antes de ser “padre” amoroso en la familia eclesial el presbítero es “hijo” amado del Padre. Su doble condición de hijo y padre es la raíz de otras dialécticas que reúne en su vocación: discípulo y maestro, sacerdote y víctima, penitente y confesor, miembro y cabeza, administrado y ministro, servidor y conductor, compañero y jefe, cordero y pastor.

El sacerdote sabe que no es un huérfano arrojado en el mundo, cuyo origen se pierde en un poder anónimo. Dios no es un ser supremo indiferente, ni una fuerza impersonal, ni un amo despótico. Es un Padre “rico en misericordia” (Ef 2,4), que con Sabiduría, Amor y Poder nos ha creado y recreado para ser felices. Tanto nos ama que nos entrega a su Hijo y nos dona su Espíritu para que le conozcamos y amemos como El nos conoce y ama. Cada uno proviene del Padre, Principio primero, y va hacia el Padre, Fin último. Como Jesús, que vino en la encarnación y retornó en la glorificación: “Salí del Padre y vine al mundo. Ahora dejo el mundo y voy al Padre” (Jn 16,28). En Cristo la existencia sacerdotal se consume en “ir al Padre”, haciendo de la vida una oración ad Patrem. La filiación de Jesús, causa y modelo de la nuestra, funda su confianza en la oración y su obediencia a la misión. J.

Jeremías ha mostrado que esa peculiar relación con Dios se expresa tanto en la designación del Padre como en la invocación al Padre. Nosotros, en Él, debemos hablar “al” Padre en la oración y hablar “del” Padre en la predicación.

Como Hijo y Palabra del Padre Jesús expresa su ser filial en la oración. Conversar con Dios es poner en acto su propio ser, pura relación al Padre. En sus oraciones, menos en el grito de abandono en la cruz (Mc 15,34; Sal 22,2), Jesús invoca al Padre: “te alabo Padre” (Mt 11,25); “Padre perdónalos” (Lc 23,34); “Padre, ha llegado la hora: glorifica a tu Hijo” (Jn 17,1). Y llama a Dios Abba (Mc 14,36), con una novedad inaudita, usando una voz balbuceante y familiar, llena de simplicidad, intimidad, cariño y confianza. El “Espíritu del Hijo que clama en nosotros: ¡Abba, Padre!” (Rm 8,9) sostiene nuestra pobre oración de sacerdotes seculares que no sabemos orar como conviene y que necesitamos ser empujados desde dentro por los gemidos del Espíritu y desde fuera por los clamores del pueblo. Orando a Dios “en lo secreto” (Mt 6,6) hacemos eficaz el deseo del corazón que suplica para todos los dones de arriba (Sgo 1,17) y nos alegramos con el grito de alabanza al Padre que se complace en manifestarse a los humildes (Mt 11,25).

La original relación de Cristo al Padre se revela en su vida y en su muerte. Jesús vivió y murió orando, haciendo de su vida y de su muerte una oración por el cumplimiento filial de la voluntad amorosa de Dios (Lc 23,40). Su filiación se expresa en su misión, prolongación temporal de su origen eterno. El Hijo es el Enviado por el Padre al mundo (Jn 5,23; 10,36), el Apóstol que está para hacer “la voluntad de Aquel que me envió” (Jn 6,38; 17,21). La disponibilidad del presbítero a la misión, su “pastoralidad” (PDV 28a y f), se juega en la conformidad con la Voluntad divina, signo de su fidelidad y clave para la unidad de su vida (PO 14b). Cuando lo visita la noche de la fe, le pesa la carga de la misión o le hiere la cruz de la obediencia él encuentra su paz en el corazón del Padre.

b. HIJOS DE LA IGLESIA MADRE:

La ternura paternal de Dios se manifiesta en el amor de la madre (Is 66,13; Sal 131,2; CATIC 219). Esa paternidad maternal se refleja comunitariamente en la maternidad eclesial pues "nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por madre"⁵.

El AT aplica a Israel el paralelismo pueblo-mujer, que es "esposa de Yahveh", "hija de Sión" y "Jerusalén madre". Jerusalén simboliza al Pueblo santo que es madre (Is 51,20; 54,1-3; 60,4; 66,10-12) sin dejar de ser virgen (Jer 14,17; Am 5,2; Is 37,2; Lam 2,13). Dios es el Padre, y el Pueblo y su Ciudad son como la personificación de la Madre, figura que, en el extremo, representa el amor maternal de Dios (Is 49,14-15). El NT aplica esas imágenes a la Iglesia, "virginal e intacta" (2 Cor 11,2), "unida a su Esposo" (Ef 5,22-33) y "madre fecunda" (Gal 4,25-28). La tradición joánica asimila la maternidad de la Iglesia y de María a la Mujer que da a luz al Mesías y al Pueblo mesiánico (Jn 2,1-11; 19, 25-27; Ap 12,1-18), antitipo de Eva, la madre de los vivientes (Gn 3,30).

La Iglesia es Madre porque genera, alimenta, educa y guía la vida de fe. Es a la vez la madre y los hijos porque al darlos a luz no los saca de sí sino que los recibe en su seno, siendo causa y efecto de santificación. Cada día la Iglesia genera maternalmente a la Iglesia: *Ecclesia quotidie gignit ecclesiam*⁶. En esta maternidad cotidiana se advierte lo más profundo de la misión de la Iglesia y de su estudio por parte de la teología pastoral⁷. Su maternidad se diferencia de la fecundidad humana porque "en el matrimonio carnal, la madre y el hijo son personas diferentes; en la Iglesia, la madre y el hijo hacen uno"⁸.

La Iglesia-Madre es toda la Iglesia, como Pueblo⁹. Su maternidad es indivisiblemente una maternidad de todos por relación a cada uno y de cada uno por relación a todos. El estudio sobre la maternidad eclesial en los Padres recién citado concluye que la acción pastoral-maternal que engendra la vida de Cristo en los hombres corresponde a todo el Pueblo de Dios. La comunidad cristiana, cuerpo orgánico y estructurado, obra como un único sujeto de acción al comunicar la vida espiritual. La Iglesia es hecha por los fieles y la Iglesia hace a los fieles. La dimensión maternal corresponde al pueblo cristiano en cuanto sujeto comunitario de la fe, la liturgia y la pastoral. Los presbíteros tenemos experiencia de esta maternidad comunitaria del Pueblo de Dios de la que recibimos todo lo que somos y que nos es sacramentalmente manifestada por distintas personas.

¿Quiénes representan para nosotros la paternidad divina y la maternidad eclesial? Como cada uno puede responder por su cuenta aquí sólo cabe el planteo sobre las mediaciones del amor paternal y maternal de Dios. Distintas figuras masculinas representan su paternidad comenzando por nuestros padres y con ellos los abuelos, tíos, hermanos, primos e incluso amigos que nos dieron de sí muchos bienes. Los maestros, catequistas, dirigentes y líderes laicos que guiaron nuestros pasos infantiles, adolescentes y juveniles en la Iglesia. Los sacerdotes que acompañaron el despertar y el crecimiento de nuestra vocación. Los confesores, directores, formadores y profesores que nos alimentaron con la Palabra y la Gracia antes y después de la ordenación. Los obispos, párrocos y hermanos en el ministerio que nos acompañan y alientan con su ejemplo y palabra. Y aquellos que con amor acompañan las vicisitudes de sus hermanos. Muchos de ellos, por su autoridad moral, merecen nuestra credibilidad, porque tendemos a valorar al cura más compasivo, al más servicial, al que más ha sufrido y sufre, al más humilde, al más sabio; en cambio nos surge un rechazo ante el superficial, trepador, vanidoso o autoritario.

Una mediación decisiva es la paternidad episcopal en la iglesia local. “San Ignacio de Antioquía llama precisamente al obispo tipo del Padre. La paternidad espiritual es propia del obispo. Nadie más que él merece ser llamado padre. Frente a su clero y su pueblo puede repetir las palabras de San Pablo: ‘aunque tenga diez mil preceptores en Cristo, no tienen muchos padres: soy yo quien los ha engendrado en Cristo Jesús, mediante la predicación del Evangelio’. El ministerio episcopal tiende a engendrar y hacer crecer a Cristo en el corazón de la Iglesia. Particularmente el clero necesita descubrir al Obispo Padre. Por lo mismo, el obispo debe querer de veras a sus sacerdotes y entregar a ellos su tiempo. Debe preocuparse por el bien material y espiritual de sus sacerdotes; es el primer responsable de la santificación de su clero; con frecuencia, también, puede convertirse en responsable de sus crisis. Debe dialogar con ellos, consultarlos, incorporarlos efectivamente a su ministerio pastoral. Debe visitarlos y convivir con ellos. Debe esforzarse por construir la unidad diversificada de su presbiterio”¹⁰.

En distintas reuniones ha surgido la inquietud para que los vínculos obispos-presbíteros correspondan a la paternidad y fraternidad sacramentales, superando los estilos meramente jurídicos o funcionales y procurando atender tanto las necesidades de las personas como las exigencias del bien común. Las distintas generaciones sacerdotales demandan, con diversa madurez, una paternidad episcopal que acompañe, escuche, consulte, aliente y conduzca. Urge encontrar formas de ejercicio de la autoridad y la obediencia cada vez más maduras, que prevengan los extremos del paternalismo y el infantilismo, sobre todo cuanto se confunden los planos pastoral, jurídico y afectivo. Las categorías familiares, que unen distinguiendo y distinguen uniendo, pueden ayudarnos a evitar tanto la confusión como la separación entre lo teologal y lo humano.

Entre las figuras femeninas se destaca nuestra madre, a la que nos une un vínculo entrañable y sagrado. Su ternura nos representa “las entrañas de misericordia de nuestro Dios” (Lc 1,78; cf. DM 4 nota 52) y nos introduce en el amor filial a la Virgen Madre. Con ellas están las abuelas, de quienes también recibimos la fe (2 Tim 1,5). Las religiosas, catequistas y maestras que maternalmente nos educaron. Nuestras propias hermanas que con cariño nos cuidan más de lo que nos cuidamos nosotros mismos. Y las amigas que Dios nos ha dado antes y después de ser sacerdotes: religiosas o laicas, casadas o solteras, mayores o jóvenes. Junto a ellas las mujeres que nos ayudan cada día en lo doméstico o en lo pastoral como secretarias, cocineras, catequistas. Todas ellas nos muestran de un modo vivo que “las dos dimensiones fundamentales de la relación entre el sacerdote y la mujer son las de madre y hermana”¹¹. Volveremos sobre este tema al tratar la piedad mariana y la dimensión esponsal del ministerio.

Retomando lo dicho en la primera parte del ensayo (3b) se da una cierta circularidad entre las experiencias familiar y eclesial. Por un lado, la experiencia filial y fraterna de nuestra propia familia nos ayuda, si sabemos leerla a la luz de las vías de la causalidad, la negación y la eminencia, a descubrir los rostros paterno de Dios, fraterno de Cristo y familiar y maternal de la Iglesia. Por el otro, todas las mediaciones muestran, cada una con su valor propio y de distinto modo, la santidad y el pecado que se dan en la Iglesia, cuya primera experiencia es nuestra “iglesia doméstica”. Muchas veces sufrimos en carne propia las heridas de la Iglesia y decimos por dentro "esta miserable es mi madre". Otras, nuestro examen de conciencia nos lleva a decir en primera persona: "este miserable que soy yo hace más miserable a la Iglesia". Asumir nuestras culpas con la humildad de la verdad, como pide el Papa en la carta del Tercer Milenio, nos compromete a dejarnos santificar por el Espíritu y a colaborar así en la santificación de la Iglesia desde dentro.

c. ESPIRITUALIDAD FILIAL:

La espiritualidad, o sea, la vida animada por el Espíritu hacia la santidad o perfección de la caridad (PDV 19c), entraña una “actitud filial” (PDV 45b) por la que, unidos a Jesús, vamos hacia el Padre y, desde El hacia los hermanos. Este desarrollo de la gracia filial y fraterna recibida en el Bautismo se intensifica con el Orden para servir a la comunidad de los hijos y los hermanos. Así el Espíritu guía nuestro camino “a la comunión filial con el Padre y a la comunión fraterna con todos los hombres, sus hermanos” (DP 1026).

La piedad filial ante la Providencia de Dios reconoce el amor con que el Padre nos sostiene, cuida y gobierna, combinando las actitudes complementarias de confianza y responsabilidad, cuyo equilibrio es clave en nuestro ministerio (PDV 2b). Primero la absoluta confianza en el Amor de Dios, que nos lleva a ponernos en sus manos, con ese abandono pasivo expresado por Foucauld: “Padre me pongo en tus manos”. Segundo la cooperación libre y responsable con su Voluntad, porque el Padre ha hecho al hijo providente de sí mismo y un instrumento activo en su plan de salvación, para asumir la historia en sus manos y colaborar con sus acciones, oraciones y sufrimientos (CATIC 308). Evitando las tentaciones del pasivismo espiritualista y del activismo secularista desempeñamos nuestro servicio con “total confianza y máxima corresponsabilidad” (DP 276). A esa Comunión de libertades apuntamos cuando tantas veces le decimos a nuestra gente: “obra como si todo dependiera de vos sabiendo que todo depende de Dios”.

Los presbíteros nos sentimos pequeños ante el doble abismo de la miseria humana y la misericordia divina. En cada aniversario de ordenación, al renovar la conciencia agradecida

de estar inmersos en un misterio que nos desborda, podemos contemplarnos en la figura del niño evangélico. Von Balthasar, siguiendo a Teresita de Lisieux¹², ha pensado una teología de la infancia-filiación centrada en Jesús, el Kind por excelencia, el Hijo eterno del Padre y el Niño que se nos ha dado. El sacerdote, niño que se convierte en anciano -presbyter- e hijo que se vuelve padre, debe vivir la infancia espiritual que Unamuno pintaba así: "Agrandas la puerta, Padre/ porque no puedo pasar/ la hiciste para los niños/ yo he crecido a mi pesar. Si no me agrandas la puerta/ achícame por piedad/ vuélveme a la edad aquella/ en que vivir es soñar". La sabiduría de la humildad libera de la tentación de la desmesura omnipotente -típica del cura- y nos ofrece el descanso del corazón paterno: "Méteme, Padre eterno, en tu pecho, misterioso hogar; dormiré ahí pues vengo deshecho del duro bregar". Nuestros rostros adultos que llevan las huellas de la responsabilidad, el dolor y el cansancio, no siempre mantienen la frescura, el asombro y la alegría de los niños. Cuando corremos el peligro de estar demasiado preocupados y graves no hay que dejar de buscar la síntesis de la madurez humana y la confianza filial¹³ propia de "la madurez que corresponde a la plenitud de Cristo" (Ef 4,13).

Una espiritualidad filial es una espiritualidad eclesial y mariana, porque María es la Madre de la Iglesia y de los sacerdotes. La Virgen es "Madre de Dios Hijo y por eso hija predilecta del Padre y... verdadera madre de los miembros de Cristo" (LG 53). En su fiat se contienen las actitudes filiales de la humildad, la disponibilidad y el servicio. Por ese sí mantenido al pie de la cruz ella es nuestra madre en el orden de la gracia filial abrazando con su amor y protección a todos los hermanos y discípulos de su Hijo (Jn 19,25-27). Por su corazón femenino y maternal es "presencia sacramental de los rasgos maternales de Dios" (DP 291) que hace transparente la misericordia del Padre (DM 9, DP 282). Por eso el carácter familiar y maternal del Pueblo de Dios está ligado a la Virgen. Hay una misteriosa continuidad entre la experiencia mariana y la experiencia maternal de la Iglesia. La correlación María-Iglesia desde la perspectiva "maternal", resaltada por los documentos (LG 60-65; DP 282-291; RMa 42-44, CATIC 963-970), justifica la dimensión maternal y mariana de la Iglesia, en la que se nota tanto que toda la Iglesia es mariana como que María es la "forma de la Iglesia", como decía Journet.

La Virgen es el símbolo real y la representación personificada de la Madre Iglesia en su maternidad envolvente. La circularidad entre la Virgen y la Iglesia es una unión tan entrañable que hace imposible comprender a cada una sin la otra. En la Iglesia "María ocupa el primer puesto, siendo, de modo eminente y singular, el modelo de la virgen y de la madre" (LG 63). Por eso Pablo VI la declaró en 1964 Madre de la Iglesia, Juan Pablo II resaltó su mediación materna dentro de la única mediación de Cristo (RMa 39) y Puebla la reconoció modelo y modeladora de la vida familiar. Ella "despierta el corazón filial que duerme en cada hombre... y hace crecer en nosotros la fraternidad. Así María hace que la Iglesia se sienta familia" (DP 295). Su cooperación materna a la obra de Dios en sus hijos presbíteros es reproducir en nosotros los rasgos espirituales de su Hijo Primogénito para que lo representemos de un modo transparente entre los hermanos.

5. LOS PRESBITEROS COMO HERMANOS

Por ser hijos los sacerdotes somos hermanos en la Iglesia, que es una fraternidad (a), llamados a un estilo de vida fraterno (b) y a un ministerio de misericordia con todos los hermanos, en especial entre los presbíteros unidos por la fraternidad sacramental (c).

a. LA IGLESIA COMO FRATERNIDAD:

El Pueblo de Dios es una fraternidad¹⁴, “un pueblo de hermanos unidos por el amor que derrama en nuestros corazones el Espíritu” (DP 214). El sentido evangélico de hermano es novedoso porque, más allá del veterotestamentario de "correligionario" (Mt 5,21; 18,15-17) y del rabínico de "discípulo" (Mt 28,10; Lc 22,31), afirma que el vínculo que nos hermana con Cristo no surge por un parentesco natural sino por la adhesión de la fe. El que recibe y cumple la Palabra es hermano de Jesús (Mc 3,31-35; Mt 12,46-50; Lc 8,19-21) e ingresa en una nueva familia, en la que escucha: "Todos ustedes son hermanos" (Mt 23,8). Seguir a Jesús lleva a superar la fraternidad según la carne para recibir nuevos hermanos y hermanas según el Reino (Mc 10,29-30). El Señor no se avergüenza de llamarnos "hermanos" (Hb 2,11-12) como lo hace en sus manifestaciones de Resucitado (Mt 28,10; Jn 20,17). La unión con El produce un admirable intercambio: el Hijo de Dios, hecho nuestro hermano al encarnarse y participar de la naturaleza humana (Jn 1,14), al ser glorificado nos dona su Espíritu, que nos hace sus hermanos, hijos del Padre y partícipes de la naturaleza divina (2 Pe 1,4), constituyendo a la Iglesia como un gran familia de hermanos y coherederos (Rm 8,11-27).

Por eso los cristianos se llaman mutuamente "hermanos"¹⁵ y cada uno, como miembro de la comunidad, es llamado "hermano"¹⁶. La Iglesia aparece como la "hermandad que está en el mundo" (1 Pe 5,9) tanto a nivel universal como local, viviendo la comunión en la intimidad de la comunidad y en la exterioridad del mundo. La ley de esta familia es la libertad del Espíritu para el amor fraterno (Gal 5,13-15). La fraternidad da un doble criterio: eclesiológico y moral. Por el primero las comunidades deben ser "fraternales" y la hermandad sirve para discernir la autenticidad de una iglesia. Por el segundo el bien del otro, "el hermano por quien Cristo murió" (1 Cor. 8,11), guía la conducta cristiana.

La fraternidad se vuelve universal cuando Jesús llama "hermanos míos más pequeños" (Mt 25,40) a los desventurados que comulgan con Él en la indigencia. Esta fraternidad basada en la miseria y la misericordia tiene un fuerte contenido cristológico, afirma que "todo hombre es mi hermano" y se simboliza en el buen samaritano que se hace prójimo del hombre herido (Lc 10,30-37). La preferencia por el hermano humilde exige poner en práctica la fe con un amor efectivo (Sgo 1,9; 2,1-9; 2,14-17) que verifique concretamente el amor a Dios (1 Jn 2,9-11; 3,10-17; 4,20-21). La imágenes de la familia y la madre, ya vistas, completadas con ésta de la fraternidad (LG 32, PO 6, GS 92) dan una visión familiar y fraterna de la Iglesia. Esta requiere valorar la dignidad de todos sus miembros, promover la hermandad en sus comunidades y fomentar una fraternidad universal entre todos, especialmente con los pueblos pobres y los pobres de los pueblos.

La fe da también una visión familiar y fraterna del mundo. Los conceptos meramente racionales de fraternidad en sus versiones ilustrada y marxista condicionaron a la cultura moderna que "no ha logrado construir una fraternidad universal sobre la tierra, porque busca una fraternidad sin centro ni origen común. Ha olvidado que la única forma de ser hermanos es reconocer la procedencia de un mismo Padre" (DP 241). A diferencia de una fraternidad apoyada sólo en la camaradería o la especie y de las impersonales figuras del padre de la Estoa y la Ilustración, la fe afirma la paternidad universal de Dios manifestada no sólo en la obra creadora sino en la relación eterna con su Hijo Unigénito que nos hace hijos (CATIC 240). Porque “hay un solo Dios y Padre de todos" (Ef 4,6) todos los hombres y pueblos son hermanos. El monoteísmo trinitario afirma la igualdad de todos, excluye la voluntad de dominación y funda un éthos de fraternidad para regir la sociedad nacional e

internacional. Es la novedad de la fraternidad cristiana: "La conciencia de la paternidad común de Dios y la hermandad de todos los hombres en Cristo, hijos en el Hijo, de la presencia y acción vivificadora del Espíritu Santo, conferirá a nuestra mirada en el mundo un nuevo criterio para interpretarlo" (SRS 40).

b. ETHOS DE FRATERNIDAD:

“El ministerio, por provenir del amor fontal del Padre, tiene un talante paternal; por provenir del corazón de Cristo, tiene un talante fraternal¹⁷. Dejando el primer aspecto para cuando nos veamos como padres consideramos ahora nuestra actitud fraterna.

Los presbíteros representamos sacramentalmente al Unigénito hecho Primogénito entre muchos hermanos (Rm 8,29). Al tratar nuestra relación con los laicos el Concilio dice: “Regenerados como todos en la fuente del bautismo, los presbíteros son hermanos entre los hermanos como miembros de un sólo y mismo Cuerpo de Cristo, cuya edificación ha sido recomendada a todos” (PO 9a; cf. PDV 74b). La común dignidad bautismal nos exige “relaciones cordiales y fraternas” (PDV 78e; y 18b, 59c) que destierren cualquier aire de superioridad, distancia o elitismo. Una fraternidad afectiva y efectiva debe guiar nuestros vínculos con laicos y laicas, religiosos y religiosas, marcando un nuevo estilo que se note en el trato amistoso, el reconocimiento recíproco, el intercambio de dones, la colaboración cordial e incluso el “rendir cuentas a Dios y a los hermanos, sobre todo a los pobres” (PDV 30d). Sólo un éthos fraterno puede alimentar la espiritualidad de comunión necesaria para desarrollar los múltiples carismas al servicio del bien común.

Nuestro ministerio se asienta en la fraternidad del pueblo sacerdotal, como nos enseñó el Concilio. Al discutir el segundo esquema de la LG aquel desdobló el antiguo capítulo III y antepuso al de la jerarquía un nuevo capítulo II De populo Dei (ns. 9-17) que comprende a la totalidad de los fieles. La secuencia misterio -pueblo- jerarquía muestra la subordinación de la potestad pastoral a la edificación de la comunidad, según la prioridad del todo sobre las partes y del fin sobre los medios. El ministerio es un servicio al Pueblo sacerdotal (LG 10, 18), "linaje escogido, sacerdocio real, nación santa" (1 Pe 2,9). Tal primacía de la antropología cristiana es un “giro copernicano” cuyas consecuencias eclesiológicas serán considerables con el tiempo. Si todos los creyentes somos Pueblo de Dios con la misma dignidad queda teológicamente excluída una "clericalización" de la Iglesia. La igualdad bautismal de los cristianos, por estar insertos en Cristo y participar en sus funciones salvíficas, debe compatibilizarse con la diversidad de estados de vida, carismas y ministerios. Nociones como pueblo y cuerpo ayudan a coordinar los valores de unidad, diversidad, complementariedad y totalidad que son propios de la Iglesia como comunión orgánica (ChL 18-20).

El Pueblo de Dios es una totalidad orgánica y activa: toda la Iglesia es sujeto y todos en la Iglesia somos sujetos. La subjetividad de la Iglesia surge por la participación de muchos en uno, Cristo (Gal 3,28), el Único que es "el sujeto de la Iglesia"¹⁸. Hablamos de la subjetividad eclesial manteniendo la personalidad de los sujetos-miembros y nuestra ordenación a ese Sujeto único que es Cristo-Cabeza, ya que la Iglesia no tiene como tal la subsistencia propia de la persona (ST I, 29, 1). Esta unidad hace que los miembros, unidos por la Cabeza, sean como una mística personal¹⁹, en la que todos se ordenan mutuamente. Este pueblo-cuerpo es un sujeto comunitario e histórico por la comunión de muchos que, sin perder su personalidad, son verdaderos sujetos eclesiales por la fe, el bautismo y el sacerdocio común. Por la incorporación a Cristo y a su Pueblo "todo fiel está llamado a la

santidad y a la misión" (RMi 90) y ha de ser, en la Iglesia-Sujeto, un sujeto activo de la comunión filial y fraterna, santa y misionera.

La subjetividad de la Iglesia y de todos en ella nos ayuda a vernos a los presbíteros, sujetos portadores del sacerdocio ministerial, como servidores que promueven el ejercicio del sacerdocio común y que garantizan la participación de todos en las funciones salvíficas de Cristo (PDV 16b, 17d). El éthos de fraternidad nos ayuda a desempeñar la misión como un servicio, cuyo modelo es Jesús, Servidor de Dios y del hombre. No somos funcionarios que prestan servicios públicos sino servidores del Pueblo que se ofrecen a los hermanos y hermanas animados por un corazón de servidor, como cantamos en las ordenaciones. La misma acción evangelizadora, por la que entregamos nuestras vidas "para la salvación de los hermanos", como reza el prefacio, nos demanda un amor de hermano, ya que la evangelización supone, en el evangelizador "un amor fraternal siempre creciente hacia aquellos a los que evangeliza" (EN 79).

c. FRATERNIDAD COMO MISERICORDIA:

Un fruto de la Dives in misericordia ha sido ayudarnos a considerar y ejercer nuestro ministerio en clave de misericordia. Eso nos liga espontáneamente al título de padre, porque la misericordia expresa la paternidad de Dios con rasgos maternos. No es tan común que la anudemos al título de hermano, si bien en el corazón fraterno de Jesús vemos (Jn 14,9) la "encarnación" del corazón misericordioso del Padre (DM 2). Mirar al Hijo hecho nuestro Hermano (Hb 2,11-12) nos invita a pensar la misericordia como una dimensión de su fraternidad solidaria, compasiva, redentora y ejemplar. La original cristología sacerdotal de Hebreos nos brinda una imagen cristocéntrica del sacerdocio y nos ayuda a comprender a la fraternidad como misericordia.

La exposición inicial de esa cristología (Hb 1,5-2,18) mira al Sumo Sacerdote como hijo del Padre (1,5-14) y hermano de los hombres (2,5-18). Allí se hace la afirmación central que domina parte del desarrollo posterior: "En consecuencia, debió hacerse semejante en todo a sus hermanos, para llegar a ser un Sumo Sacerdote misericordioso y fiel en el servicio de Dios, a fin de expiar los pecados del pueblo" (2,17). La primera parte²⁰ presenta a Cristo sacerdote (3,1-5,10) digno de crédito (3,1-6) por ser obediente a Dios su Padre (5,5-10) y misericordioso (4,14-16) por ser solidario con los hombres sus hermanos (5,1-4). Las dos cualidades resumidas en Hb 2,17 son la misericordia (hesed) y la fidelidad (emet) de Dios (Ex 34,6) derramadas como gracia y verdad en su Palabra encarnada (Jn 1,17). En el corazón sacerdotal de Jesús descubrimos tanto la bondad, gracia, benevolencia y amor del Padre como su fidelidad, verdad, constancia y fiabilidad (CATIC 214). Allí tiene su modelo una Iglesia más cordial y creíble; y especialmente un ministerio más coherente en su fidelidad y más solidario en su compasión²¹.

Frente a la concepción veterotestamentaria que veía al sacerdote cerca de Dios y distante del pueblo el sacerdocio de Jesús es innovador porque la cercanía al Padre funda la cercanía a los hombres, de quienes Jesús no se avergüenza de sentirse "hermano". La obediencia filial y fiel a Dios se prolonga en la solidaridad fraterna y compasiva con los hombres. Semejante a nosotros en todo menos en el pecado (4,15), porque es santo (7,25-28), Jesús comparte nuestras miserias y por eso puede compadecerse de nuestras debilidades (4,14). Su solidaridad -tomado de entre los hombres y puesto en favor de los hombres (5,1)- expresa la humildad del Dios "envuelto en la flaqueza" (5,2) y "subraya claramente la humanidad del ministro de Dios" (PDV 5b). El sumo sacerdote nos enseña a compartir

“desde dentro” ya que sólo el que padece puede com-padecer: "por haber experimentado personalmente la prueba y el sufrimiento él puede ayudar a aquellos que están sometidos a la prueba" (2,17-18). La experiencia de la debilidad y la prueba que nos abren a la fuerza de la gracia de Dios (2 Cor 12,9) son la escuela donde se forma el corazón sacerdotal que pasa de la pasión a la compasión y de la miseria a la misericordia.

Tenemos que ejercer el ministerio de la misericordia fraterna con todos los hombres. En este contexto quiero destacar sólo el hecho de que la primera misericordia debe tenerse con los hermanos sacerdotes a quienes nos une la íntima fraternidad sacramental (PO 8). En el presbiterio nuestro ministerio expresa su “radical forma comunitaria” (PDV 17a) pues ninguno agota toda la riqueza del presbiterado y todos necesitamos de todos. La diócesis y el presbiterio, con sus variadas mediaciones, son lugares de pertenencia eclesial, comunión sacerdotal y colaboración pastoral (LG 28, PO 7, PDV 31 y 74). Allí debemos fomentar la filiación, la fraternidad y la paternidad sacramentales compartiendo como “una verdadera familia” (PDV 74g). Las distintas formas de encuentro fraterno espontáneas o institucionalizadas nos ayudan a construir juntos la Iglesia y a buscar los cauces que expresen hoy el cuidado pastoral de los que tenemos el cuidado pastoral.

Los gestos de misericordia fraterna entre los presbíteros aparecen, según lo visto en 4b, como signos del amor paternal y maternal de Dios en una Iglesia que realiza las imágenes de la familia, la madre, la hermandad. A raíz de una reunión sobre formación permanente en el que se valoró el carisma de los presbíteros dedicados a los presbíteros escribimos con Mons Arancibia: “Sean ellos designados por sus obispos para atender lo que se refiere a la formación integral y permanente o sean buscados por su sabiduría y autoridad moral parece claro que su función debe ser un ministerio del acompañamiento, singular forma de fraternidad y paternidad que exige un modo específico de entrega e intercesión. El acompañante debe reunir una serie de actitudes como, por ejemplo, la escucha y la acogida, la compasión y la claridad, la ternura y la fortaleza, la paciencia y la gratuidad, que le irán dando el perfil psicológico y espiritual adecuado para este servicio escondido de solidaridad, pedagogía, consuelo y animación”²².

En general se reconoce que un fruto de un seminario más comunitario es la tendencia a reunirse y a querer construir un sacerdocio más fraterno. Pero cuesta todavía traducir la comunidad afectiva de la amistad sacerdotal en la colaboración efectiva de la acción pastoral. El desafío es una comunión que nos haga estar juntamente disponibles para la tarea en común (cum-munus) y que nos ayude a servir mejor al pueblo venciendo el individualismo. En éste caen no sólo sacerdotes mayores que absolutizan su experiencia particular sino también curas jóvenes impregnados de cierta mentalidad posmoderna que se centran excesivamente en sí mismos y en hacer su propia historia. Una espiritualidad fraterna debe guiar un éthos de participación para tomar parte en una obra común, trabajando solidariamente con los otros en la pastoral orgánica, animando “una pastoral comunitaria en colaboración cordial con los diversos agentes eclesiales” (PDV 59b). Frente al “escatologismo” pastoral que lleva a querer hacer todo, uno solo y pronto se necesita aprender a hacer parte, con otros y a largo plazo.

Cada uno de nosotros, presbíteros, ungido por “el Espíritu de filiación y fraternidad” (DP 204), se conforma a Cristo como hijo y hermano para servir a Iglesia, Familia de Dios fraterna y maternal. El “nuevo estilo de vida pastoral” (PDV 18c) que exige la nueva evangelización es, entre otros aspectos, un estilo familiar, filial y fraterno. Sólo siendo hijos y hermanos podremos ser esposos y padres, como veremos en la última parte.

NOTAS:

¹ C. Galli El presbítero y sus vínculos en la familia de Dios (I), Pastores 1 (1994) 19-25. Para mantener la unidad del ensayo, concebido y editado en tres partes, numeramos los títulos de forma continua.

² Las siglas son: LG Lumen Gentium; GS Gaudium et spes; PO Presbyterorum ordinis; AG Ad gentes; EN Evangelii nuntiandi; DP Documento de Puebla; DM Dives in misericordia; ChL Christifideles laici; RMa Redemptoris mater; RMi Redemptoris missio; SRS Sollicitudo rei socialis; LPNE Líneas pastorales para la nueva evangelización; PDV Pastores davo vobis; CATIC Catecismo de la Iglesia Católica; ST Suma Teológica.

³ Sobre la paternidad de Dios cf. W. Kasper El Dios de Jesucristo, Sígueme, Salamanca, 1986, 161-186; R. Ferrara Dios se llama Padre, Teología 19 (1971) 5-19; M. J. Le Guillou Le mystère du Père, Fayard, Paris, 1973; P. Ricoeur La Paternidad: del fantasma al símbolo en Introducción a la simbólica del mal, Megápolis, Buenos Aires, 1976, 213-244; J. Jeremias Abba. El mensaje central del Nuevo Testamento, Sígueme, Salamanca, 1981, 17-89; F. Durrwell Nuestro padre. Dios en su misterio, Sígueme, Salamanca, 1990.

⁴ J. C. Maccarone El sacerdocio ministerial, Criterio 2041/2 (1989) 588-593, cf. 588.

⁵ San Cipriano De catholicae unitate ecclesiae 23; PL 4, 503a; cf. CATIC 169 y 181.

⁶ San Beda el Venerable Explanatio Apocalypsis II, 12; PL 93, 166D.

⁷ "Es necesario el estudio de una verdadera y propia disciplina teológica: la teología pastoral o práctica, que es una reflexión científica sobre la Iglesia en su vida diaria, con la fuerza del Espíritu, a través de la historia... La pastoral no es solamente un arte ni un conjunto de exhortaciones, experiencias y métodos; posee una categoría teológica plena, porque recibe de la fe los principios y criterios de la acción pastoral de la Iglesia en la historia, de una Iglesia que cada día engendra a la Iglesia misma" (PDV 57d).

⁸ San Agustín Enarraciones in Psalmos 127, 12; PL 37, 168.

⁹ Sobre la maternidad de la Iglesia cf. K. Delahaye Ecclesia Mater, chez les Pères des trois premiers siècles. Pour un renouvellement de la Pastoral d'aujourd'hui, du Cerf, 1964; H de Lubac La maternidad de la Iglesia en Las iglesias particulares en la Iglesia universal, Sígueme, Salamanca, 1974, 143-231; H. U. von Balthasar La maternidad envolvente de la Iglesia, Communio (española) 18/V (1989) 14-36.

¹⁰ E. Pironio Figura teológico-espiritual del obispo en Iglesia Pueblo de Dios, Indo-American Press Service, Bogotá, 1970, 31.

¹¹ Juan Pablo II Carta a los sacerdotes con ocasión del jueves santo de 1995, n. 5.

¹² V. Azcuay Teresa de Lisieux: una existencia teológica femenina, Communio (argentina) 1/4 (1994) 73-86.

¹³ H. U. von Balthasar Si no os hacéis como este niño..., Herder, Barcelona, 1989, 44-48, 57-74, 75-86; J. Garrido Adulto y cristiano. Crisis de realismo y madurez cristiana, Sal Terrae, Bilbao, 1989, 225-231, 233-238, 239-244.

¹⁴ Sobre la fraternidad eclesial cf. J. Ratzinger La fraternidad cristiana, Taurus, Madrid, 1962; C. Giaquinta Vuestra hermandad que está en el mundo (1 Pe 5,9). Apuntes bíblicos para una eclesiología, Teología 17 (1980) 14-27; G. Ruggieri Nueva conciencia de la Iglesia como fraternidad evangélica, Concilium 166 (1981) 354-369; M. Legido López Fraternidad en el mundo. Un estudio de la eclesiología paulina, Sígueme, Salamanca, 1982.

¹⁵ Tanto en las cartas paulinas (1 Tes 1,4; 4,10; Rm 16,14; 1 Cor 16,20; Gal 1,1; Flp 1,14; Col 4,15; 2 Tim 4,21) como en los Hechos (1,16; 6,3; 7,2; 10,23; 12,17; 13,16; 15,3; 16,40; 18,18).

¹⁶ 1 Cor 16,12; Fil 2,25; Col 4,9; Rm 16,23; 2 Cor 1,1; Hch 9,17; 1 Pe 5,12; Hb 13,23; Ap 1,9.

¹⁷ Maccarone, op. cit., 591.

¹⁸ H. U. von Balthasar ¿Quién es la Iglesia? en Sponsa Verbi, Cristiandad, Madrid, 1964, 177; cf. 193, 207, 222.

¹⁹ ST III, 48, 2, ad lum: "quasi una persona mystica"; cf. III, 15, 1, ad lum; III, 19, 4; III, 49, 1.

²⁰ La segunda parte de la carta, imposible de comentar aquí, expone el nuevo y único sacerdocio (5,11-10,39) contemplando al sumo sacerdote (7,1-28) que realiza el sacerdocio eterno de la nueva alianza (8,1-9,28) a través del sacrificio único y eficaz de la cruz (10,1-39). Breves resúmenes en 7,26-28; 9,14-15; 9,25; 10,7 y 12.

²¹ Sobre la figura del sacerdote fiel y misericordioso cf. A. Vanhoye Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo según el Nuevo Testamento, Sígueme, Salamanca, 1984, 103-156 en clave exegética; A. González Dorado Sacerdotes dignos de crédito. Perspectiva latinoamericana, Sal Terrae, Santander, 1988, 13-44 en clave pastoral.

²² J. M. Arancibia-C. Galli Formación sacerdotal permanente: nuestro camino reciente, Criterio 2103 (1992) 661.

¿Administrar o hacerse cargo de una comunidad?

Cardenal Gogfried Danneels - Arzobispo de Malinas-Bruselas

Presbíteros y laicos

Numerosos son hoy los laicos que se hacen cargo de la comunidad cristiana en el seno de un equipo pastoral parroquial. Es este un signo del dinamismo de las comunidades que, ante la escasez de las vocaciones sacerdotales, toman mayor conciencia de que la responsabilidad de la edificación del Cuerpo de Cristo es asunto que incumbe a todos.

Equipo y consejo parroquial

Existe una diferencia entre un consejo pastoral donde se celebra consejo (discernimiento evangélico, evaluación y propuestas) y un equipo pastoral, que junto con el presbítero, se hace cargo de toda la comunidad.

El presbítero es el pastor propio de la comunidad parroquial. La preside y representa en ella a Cristo-Cabeza. Su papel es suscitar el concurso de todos en la edificación de la comunidad, "cada uno según el don que ha recibido" y poniéndolo al servicio de todos. En el seno del equipo pastoral, presbítero y laicos llevan conjuntamente la carga pastoral, cada uno según su originalidad propia.

Hacerse cargo de la comunidad

Cuando se entra a formar parte de un equipo lo primero que generalmente se piensa es ¿"Cómo guiar y organizar la comunidad?" Pero el asunto no es tanto gobernar una comunidad cuanto tomarla a su cargo. Y para hacerlo, es menester aceptar que es necesario formarse de manera continua, a todos los niveles.

1. Una formación humana

La comunicación entre las personas y la conducción de los grupos es difícil. Es este a menudo el primer ámbito en que uno trata de desempeñarse con acierto: técnicas de análisis, de evaluación, de animación, de tomas de decisión, de tacto para resolver los conflictos... Esta iniciación, con vistas a adquirir una cierta habilidad humana y técnica, se da generalmente en los vicariatos. Por eso no me extiendo más sobre este tipo de entrenamiento.

2. Una visión teológica

Nunca se puede confiar a alguien una responsabilidad real sin proporcionarle los instrumentos que le permitan asumirla. A nadie se le pide que construya una casa si no tiene ni idea de cómo poner los cimientos o de cómo interpretar el plano del arquitecto.

Por lo tanto es absolutamente necesario que todos los miembros del equipo pastoral tengan una formación teológica; que tengan una visión de conjunto del contenido de la fe, de los sacramentos, de la moral y de la vida de oración. Que no cuenten solamente con explicaciones al caso y parciales.

Una formación sistemática

Los instrumentos de formación global no faltan. Se dan cursos en diversos lugares de formación. Pero lo que hay que cuidar con gran esmero es la formación sistemática, que debe revestir la mayor importancia para todos los adultos de la comunidad, y a fortiori para los que se preparan a entrar en un equipo pastoral. Esta formación debe ser previa y continua, debe acompañar el compromiso contraído.

La comunidad debe constituir el vivero de peces de base del que se podrán sacar los futuros animadores cuyo conocimiento de la fe habrá sido alimentado y desarrollado. ¿Cómo encontrar futuros animadores si todos los peces están en seco? Esta formación podría organizarse por decanatos o por sectores.

Si se tuviese la humildad de tomar el Catecismo de la Iglesia Católica como instrumento de referencia para esta formación, habría menos percepciones teológicas en forma de agujeros unidos entre sí por formaciones sobre la marcha. Esto no quiere decir que se examine minuciosamente ese catecismo, sino que se tenga la audacia de recorrer sus grandes avenidas, que se tenga el sentido de los relieves de la fe y se sepa indicar las fuentes y las cumbres. En una palabra, abrirse a "la altura, la longitud, la anchura y la profundidad del misterio de Dios". Hay que familiarizarse con la globalidad de la fe. Los que ya se hayan familiarizado con las grandes avenidas podrán aventurarse por las sendas que atraviesan el libro como nevaduras (me refiero a las referencias al margen) que unen entre sí los senderos del bosque. Descubrirán puntos de vista, relacionamientos y perspectivas a menudo asombrosas.

Una formación para la oración

La formación teológica no es un fin en sí, sino que ha de conducir a la oración. No se trata solamente de comprender, también hay que aprender a rezar.

Rezar es respirar, salir de sí mismo, tornarse vulnerable ante el Señor y vivir en una atmósfera de "Sí".

Es importante por eso aprender las diferentes formas de oración:

- la oración en la vida corriente, que no es otra cosa que una actitud de disponibilidad total frente al Señor;

- la meditación de las Escrituras. He aquí un pequeño método muy simple para aprender a orar con el Evangelio. Es suficiente hacerse estas preguntas: "¿Qué dice Cristo? ¿Qué me dice en este pasaje? ¿Qué espera de mí?" En cada pasaje hay una promesa, un don y una exigencia, un llamado;

- la Liturgia de las Horas. El aprendizaje de los salmos nos libera del pequeño círculo en el que corremos el riesgo de caer en un ronroneo monótono: la súplica, la alabanza... El Salterio con sus 150 salmos, nos enseña a utilizar todos los registros del órgano y no solo uno que otro. No se trata de rezar toda la Liturgia de las Horas tal como está estructurada. Lo más importante es dejarse tomar dócilmente por el Salterio;

- el rosario, de cinco o de quince misterios. Esta plegaria tan simple, llamada el "Salterio del pobre", nos enseña a entrar en las diversas actitudes del alma de María, haciendo pasar por su corazón los misterios de Cristo;

- la oración litúrgica: la Eucaristía en especial, pero también la celebración de la Reconciliación y de los demás sacramentos. Es muy importante que los miembros de los equipos pastorales no tengan solo una información acerca de la arquitectura exterior de una

liturgia (secuencia de las distintas partes, formulación de las intenciones, animación de la asamblea...). Es necesario que tengan el sentido de la arquitectura interior de la liturgia, de lo que es realmente la Eucaristía, de la dinámica que en ella reside: los ritos de un acercamiento entre Dios y el hombre (liturgia penitencial), el don de la palabra de Dios y la respuesta de los hombres (lecturas, Credo, intercesión), la unión de corazones (la plegaria eucarística, centrada en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y la Iglesia) y la unión con el cuerpo (la comunión).

¿Qué hacer?

¿Qué hacer para desarrollar ese sentido de la oración en lo que el equipo pastoral debería empeñarse a fondo? Aquí les ofrezco algunas sugerencias:

- promover una cultura de la oración en el seno de la comunidad, pues se reza muy poco en nuestra Iglesia. Es necesario aumentar el interés por la oración, suscitar el deseo de reconciliación con Dios y volver a aprender el sentido del silencio;
- cuidar la manera cómo se reza en las reuniones. Que la plegaria no sea simplemente una formalidad, una ventana que se abre al comienzo y se cierra al final del encuentro, sino una disponibilidad real a la voluntad de Dios.

Cuántas veces nos preguntamos al empezar una reunión: "¿Qué es lo que quiere Dios para el bien del hombre, y qué nos pide a nosotros ahora?" Nos decimos más frecuentemente: "¿Qué es lo que queremos hacer ahora para el bien de Dios?"

- desplegar la gran variedad de formas de oración. Ni las vísperas, ni las reuniones bíblicas, ni las reuniones de oración terminan prácticamente en un tiempo de adoración, tampoco hay liturgias de adoración. Esto constituye un gran empobrecimiento. Estamos atascados en un verdadero embotellamiento: todo hay que hacerlo en el transcurso de la Eucaristía, en la que, por otra parte, se quiere incluir todo...
- promover una peregrinación de la comunidad - no necesariamente lejos, sino a un santuario vecino, por ejemplo. Esto también pertenece a una cultura de la oración. Esto tiene la ventaja de arrancar la comunidad a su estrecho horizonte para que, insertada en un pueblo en marcha, recuerde su condición peregrinante.
- fundar grupos de oración en la parroquia o crear ocasiones de encuentros para orar.
- estimular la oración en familia. De esto casi no se habla. Invitar a los fieles a que en su casa dispongan un rincón de oración y a que reserven un tiempo para Dios; oración de la mañana y de la noche, antes y después de las comidas, lectura del Evangelio, el marido y la mujer conjuntamente, rezar con los hijos...

3. Tener un corazón de pastor

Hay que acordarse constantemente de que Cristo es el único Pastor, el único bueno. Cristo Pastor está presente con su fuerza pastoral de manera particular en el sacerdote. También está presente en los laicos y asociados a la carga pastoral del sacerdote, pero de manera diferente: no en tanto que Cristo Cabeza, sino en tanto que Cristo Cuerpo.

El sacerdote no es mejor que los demás, pero tiene un significado y un papel particular. Por lo tanto la comunidad ha de acogerlo como a aquel que representa a Cristo. No es idéntico a Cristo, pero hace presente a Cristo, buen Pastor. En consecuencia hay que amarlo también. Los colaboradores laicos participan en la actitud pastoral de Cristo pero de otra manera.

La espiritualidad del pastor implica para todos los miembros del equipo algunas actitudes fundamentales:

1. Dejar que Cristo sea el Pastor. No atraer la atención hacia sí sino hacia Cristo; unir a los fieles con Cristo y no consigo. Tener la actitud del que sirve y desaparecer tras el misterio de Cristo pastor.

Tener a su cargo una comunidad parroquial es muy distinto de ser un intendente en la sociedad civil (aunque... el intendente o el gobernador remite más fácilmente a aquel que él representa de lo que un equipo pastoral remite a Cristo).

2. Ocuparse de todos. Atender al bien de toda la comunidad y querer ese bien. Se puede provenir de un grupo o de un sector, pero mientras que en un consejo pastoral se representa el medio en el que uno actúa, en un equipo pastoral hay que atender en primer lugar al bien común de la comunidad.

El buen Pastor toma a todos bajo su cuidado. Ayudar al sacerdote a tomar a su cargo la comunidad, es ayudarlo a llevar la carga pastoral total e íntegramente. Esto supone un desprendimiento de sí, una flexibilidad real y una gran amplitud de miras.

A veces vivimos con mentalidad de recoveco: amontonamos los bancos vacíos y nos retiramos a un rinconcito, como si ese fuera el ideal de la Iglesia primitiva. Pero la sala del Cenáculo aunque pequeña nada tiene que ver con un capullo. Al Evangelio no se lo conserva sino que se lo anuncia.

La disminución del sentido misionero está ligada no solamente a una disminución de la intensidad de la fe, sino también a una malísima comprensión de la enseñanza del Vaticano II sobre la libertad religiosa. Esta equivocación es un signo de que no se ha entendido el Concilio. La evangelización no es un lujo. Ella pertenece a la naturaleza misma de la Iglesia y de nuestra misión y asimismo al derecho que tienen todos los hombres de oír el Evangelio y beneficiarse con la liberación que trae consigo la conversión a Cristo.

3. Conocer sus ovejas. Solo hay un medio para aprender a conocerlas: escucharlas.

Si se quiere ser miembro de un equipo pastoral es absolutamente necesario tener una gran capacidad de escucha. Muy a menudo se dice: "Voy a entrar en el equipo y tendré mucho que decir". Raramente se oye: "...Ahora, tendré que escuchar mucho".

4. Dar su vida. Darla como el buen Pastor da su vida por sus ovejas. Este compromiso va mucho más lejos que el hacer honestamente su trabajo o quedarse en los límites de lo razonable, porque dicha tarea está impulsada por el amor. Y "la medida del amor es no tener medida" (San Agustín).

Cuando se entra a formar parte de un equipo pastoral, se ingresa en un don de sí que sobrepasa todos los convenios y todo lo razonable. Jamás hay que incorporarse a él porque resulta interesante, porque se quiere ser alguien o porque se quiere prestar un servicio o porque se es competente, sino en primerísimo lugar porque se ama.

5. Poner todo su empeño en obtener la unidad fraterna y conservarla. Al dirigir su mirada a sus Apóstoles por última vez, Cristo prácticamente oró sólo por la unidad. Esto significa que la mayor tentación de los apóstoles de todos los tiempos es la desunión. Pero también que la mayor fuerza de evangelización reside en la unidad entre los sacerdotes y por lo tanto también en el seno del equipo que lleva la carga pastoral junto con el sacerdote.

La desunión no está causada sólo por las vicisitudes del momento o por las tensiones psicológicas. Es verdaderamente la obra del "Que divide". La razón de los conflictos no es por tanto solamente humana. Nos enfrenta con el espíritu del Mal. Las divisiones provocan un enorme despilfarro de fuerzas en nuestra Iglesia y son un contra-testimonio para el mundo.

6. Saber reconocer sus pecados y manifestarlos. Conservar la unidad es imposible si no se está dispuesto de corazón a reconocer sus pecados y practicar la reconciliación, también a desear el sacramento de la reconciliación. La práctica de la reconciliación es un clima y el sacramento es el único antídoto contra el poder de división y contra el espíritu de división.

7. Aceptar el sufrimiento y la Cruz. El sufrimiento apostólico y la Cruz no son accidentes de tránsito. Forman parte integrante de la vocación apostólica. "La muerte violenta de Jesús no fue fruto del azar en una desgraciada constelación de circunstancias. Pertenece al misterio del designio de Dios..." (CIC, n. 599).

Al comienzo de su apostolado, Pablo consideraba los golpes y las heridas sólo como contratiempos. Si fracasaba en un lugar, recomenzaba en otra parte. Pero poco a poco sus sufrimientos fueron adquiriendo para él un significado especial. Pablo ve a través de sus pruebas cuánto ha sufrido Cristo por nosotros. Y su fe en Cristo muerto y resucitado constituye su consuelo. Así los Corintios, que están sufriendo por la fe, se consolarán mirando al Apóstol y viendo el consuelo que ha recibido de Dios: "¿Estamos en la tribulación? Es para vuestro consuelo y vuestra salvación... Y nuestra esperanza acerca de vosotros es firme, sabiendo qué, así como participáis en los padecimientos, así también en la consolación" (2Co 1, 7).

Más aún, a través de esas pruebas aprendió Pablo que él no era el más importante: "...si tuvimos en nuestro interior esa respuesta de la muerte, fue para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos" (2Co 1, 9).

No se puede entrar en un equipo pastoral si no se es capaz de aceptar el sufrimiento apostólico, pues en este caso, después de cada fracaso dirá: "Es que yo me equivoqué", o "Es que el cura se equivocó". O bien "...es que la gente no se mueve", o "¡Es que la Iglesia llega tarde!" Siempre se encontrarán razones de orden sociológico y jamás se entrará en el misterio del sufrimiento de Cristo.

8. Ocuparse de los pobres, de los niños, de los pequeños. La pobreza no es solamente de orden económico, alcanza a todos los ambientes: pobreza psicológica, espiritual... hasta hay creyentes que son muy pobres en esperanza.

Todo el que participa en la carga pastoral debe interesarse particularmente por el crecimiento integral de los niños y de los jóvenes.

9. Ocuparse de la oveja perdida. Comprender algo de la misericordia del Padre no quiere decir que se excuse todo. La misericordia divina no se reduce a la comprensión humana. ¡Cuántas veces decimos: "Se ha portado mal, pero tal vez no tan mal! ¡No obra bien, pero es porque hay que cambiar la ley!" No. La misericordia no es la excusa.

Pero, ¿cómo se podría tener un corazón compasivo para con el pecador, si uno mismo no ha sido objeto de la misericordia divina? Si uno excusa los propios pecados, no puede ser misericordioso con los demás.

10. Interesarse por la Iglesia universal. Ninguna comunidad puede vivir y desarrollarse para sí misma. Cada una debe interesarse por la parroquia vecina, por el decanato, por la diócesis y por la Iglesia universal. El propio campo no puede dar fruto si los campos que lo rodean no están cultivados, de lo contrario las semillas de los cardos invadirán el campo que uno cultivaba sin preocuparse por los demás. Con mayor razón si se trata nada menos que de la salud del Cuerpo de Cristo en todas sus células: "Si un miembro sufre, todo el cuerpo sufre... Si un miembro es honrado, todos los miembros comparten su alegría" (1Co 12,26).

(Traducción de la monjas benedictinas de Santa Escolástica)

LA FORMACION PERMANENTE EN AMERICA LATINA

Carlos M. Franzini - Secretario adjunto p/área sacerdotes – CEMIN

En el pasado mes de febrero tuvo lugar en Santafé de Bogotá (Colombia) una importante reunión convocada por el Secretariado General y el Departamento de Ministerios del CELAM (DEVYM), con el auspicio de la Congregación para el Clero, de la Santa Sede.

Fuimos invitados los Presidentes y Secretarios Ejecutivos de las Comisiones de Ministerios de las distintas Conferencias Episcopales del continente. Por distintos motivos no pudieron participar los representantes de Cuba, Haití, Venezuela y Bolivia. La reunión fue presidida por Mons. Crescencio Sepe, Secretario de la Congregación para el Clero y Mons. Jayme Henrique Chemello, Obispo de Pelotas (Brasil) y Presidente del DEVYM.

El objetivo de esta reunión era evaluar la recepción y aplicación del Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros en los distintos países del continente. Asimismo se nos pedía llevar informes de cuanto se esté haciendo en relación a la formación permanente de los presbíteros (programas, actividades, etc.), en orden al intercambio de experiencias.

La reunión fue inaugurada por el Cardenal Nicolás de Jesús López Rodríguez, Arzobispo de Santo Domingo y Presidente del CELAM, quien puso de manifiesto la importancia que el CELAM asignaba a este Encuentro. Destacó la rápida acogida que se dio a la propuesta de la Congregación para el Clero y el deseo de que sea una ocasión propicia para fortalecer la renovación de la vida sacerdotal en nuestras Iglesias, de cara al desafío de la nueva evangelización.

El viernes 17 estuvo dedicado al Directorio. Se comenzó con una exposición de Mons. Sepe titulada: "Naturaleza, finalidad, incidencias y puntos claves del Directorio". A continuación se trabajó por Regiones (México y Caribe, Países Bolivarianos y Cono Sur) para evaluar la recepción y puesta en práctica del documento. La jornada finalizó con un diálogo entre los participantes y Mons. Sepe.

El sábado 18 se dedicó a la formación permanente. Hubo dos exposiciones. La primera, "La formación permanente a la luz de Pastores dabo vobis y del Directorio", a cargo de Mons. Jayme Henrique Chemello, y la segunda a cargo de Mons. Felipe Arizmendi, Obispo de Tapachula (México) y miembro del DEVYM, analizando los resultados de la encuesta realizada por este Departamento sobre las causas del abandono del ministerio por parte de los sacerdotes jóvenes. Posteriormente se volvió a trabajar por regiones para intercambiar programas y experiencias de formación permanente.

El domingo 19 se trabajó por regiones para preparar sugerencias para la Congregación para el Clero, el CELAM, las Conferencias Episcopales, y las diócesis. Este trabajo fue seguido por un plenario del que participaron también Mons. Cipriano Calderón, Vicepresidente de la Pontificia Comisión para América Latina y Mons. Raymundo Damasceno Assis, Secretario General del CELAM.

Una rápida evaluación de la reunión permite hacer algunas constataciones. En primer lugar aparece la particular significación para la vida sacerdotal que tiene el tiempo presente. Alguien habló de un "kairós", un tiempo de gracia, para la renovación de la vida de los pastores en el continente. Fue gratificante verificar un vez más que la enorme mayoría del clero del continente trabaja con empeño y generosidad al servicio del Reino, en condiciones muchas veces heroicas. No obstante no se eludió abordar las situaciones más conflictivas y la necesidad de encarar de manera sistemática y progresiva el "pastoreo de los pastores". También, en este sentido, estamos viviendo un momento de particular gracia. El magisterio del Papa y la experiencia de las Iglesias del continente así lo señalan. Se hace necesario, por

tanto, pasar de las buenas intenciones a las realizaciones concretas. Esta misma reunión ha sido un paso importante en este sentido. Del intercambio tenido hemos recogido algunas experiencias del camino ya recorrido por algunos países, particularmente Colombia y Ecuador, en cuanto a programas y servicios para la formación permanente de sus cleros. También coincidimos en la necesidad de estimular el compromiso personal de obispos y presbíteros en esta materia, sin lo cual serían estériles los mejores programas o servicios. Otra curiosa "sintonía" fue la publicación en México del primer número de la revista "Sacerdotes", cuyos objetivos y modalidad son similares a los de nuestra "Pastores". Por último es importante señalar que Mons. Sepe destacó que la Congregación para el Clero desea que el Directorio sea punto de partida para elaborar "Directorios" u Orientaciones a nivel nacional, que permitan llevar las líneas fundamentales del "Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros" a las realidades de cada país.

La presencia de Mons. Sepe durante toda la reunión puso de manifiesto el interés y la preocupación de la Santa Sede por el tema que nos convocaba. Pero, además, su compenetración con el texto y el "contexto" del Directorio nos permitió ahondar en la riqueza de este documento, llamado a prestar un valioso servicio en el crecimiento de la vida sacerdotal. Asimismo su afabilidad y disponibilidad para el diálogo marcó el clima fraterno y cordial de todo el encuentro.

Para concluir esta crónica cabe destacarse la eficaz organización y la amable acogida brindada por el CELAM, particularmente a través del Departamento de Ministerios, de su Presidente, Mons. Chemello y su Secretario Ejecutivo, el sacerdote brasileiro Anuar Batisti y demás colaboradores.

ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL Y MINISTERIO

“El ejercicio del Ministerio Pastoral alimenta, postula y configura la espiritualidad presbiteral” COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO - (España)

La COMISION EPISCOPAL DEL CLERO de la Conferencia Episcopal de España recibió de dicha Conferencia el encargo de celebrar un Congreso sobre Espiritualidad Sacerdotal durante el trienio 1987-1990. Los objetivos del Congreso, que se celebró en Madrid entre el 11 y 15 de septiembre de 1989, eran bastante amplios: procurar la renovación espiritual de los Presbíteros en la situación actual; presentar con claridad los aspectos de la espiritualidad sacerdotal que deberían ser vividos en esta situación histórica; descubrir los medios necesarios para vivir hoy la espiritualidad sacerdotal; hacer una proclamación y oferta gozosa, fundamentada en el estudio.

En orden a su preparación la Comisión Episcopal puso a disposición de todas las diócesis de España y sus presbiterios un Documento de Trabajo que propiciaba una reflexión amplia y profunda acerca del tema ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL Y MINISTERIO y distintos subsidios para jornadas sacerdotales de reflexión y oración. El texto del Documento de Trabajo es el que transcribimos en estas páginas.

INTRODUCCIÓN

1. Espiritualidad específica

La afirmación y búsqueda de una espiritualidad presbiteral que sea a la vez específica, sólida y estimuladora se ha intensificado notablemente en nuestros días.

Se postula, en primer lugar, una espiritualidad específica, que no sea una mera asimilación mimética de la propia de los monjes, de los religiosos de vida activa o de los laicos.

Se requiere, en segundo lugar, una espiritualidad sólida, arraigada en la Escritura, en la teología y en la genuina experiencia del presbiterado en ejercicio.

Se reclama, en tercer lugar, una espiritualidad estimuladora, capaz de motivar vitalmente la concreta existencia y ministerio de los presbíteros.

Las tres demandas son bien legítimas. La falta de aliento y vigor teológicos ha sido un mal endémico de nuestra espiritualidad. Igualmente, las proclamas acerca de la dignidad del presbítero y de la santidad requerida por ella resultaban escasamente movilizadoras, porque ayudaban poco a discernir y superar las dificultades concretas de su vida y ministerio. Por otro lado, la espiritualidad presbiteral estuvo durante siglos demasiado condicionada por la monacal¹. Incluso cuando quiso afirmarse como específica, basculó en exceso hacia el modelo de la vida religiosa². No han faltado en los últimos tiempos tentativas de concebirla y vivirla como eminentemente laical³.

Lejos de ser un factor negativo, el influjo del modelo monacal, religioso y laical es, en sí mismo, benéfico y enriquecedor para la espiritualidad del presbítero. Su misión de suscitar, discernir y coordinar los diferentes carismas de la Iglesia le exige una sintonía que se vuelve imposible cuando la misma sensibilidad del presbítero no está habitada por los valores del Espíritu que aquellos encarna.

Con mayor razón todavía pertenecen a la vivencia espiritual concreta del pastor aquellas opciones y afinidades que constituyen el núcleo fundamental de toda espiritualidad cristiana digna de este nombre.

En consecuencia, retratar la espiritualidad presbiteral puramente como un conjunto de rasgos diferenciales resultaría pobre y autosuficiente. Muy al contrario, este conjunto entraña a la vez elementos genéricos, específicos e inespecíficos. Lo que confiere unidad y especificidad a la espiritualidad es el modo original como estos elementos se viven, se articulan entre sí y se jerarquizan. Las piezas del mosaico genéricas, específicas e inespecíficas, se combinan en el presbítero para formar un rostro peculiar e inconfundible: el rostro del pastor. El acento que nuestra exposición coloca sobre los elementos diferenciales no significa, pues, olvido ni menosprecio de todo lo demás.

2. Ser y hacer

Muchos intentos actuales de diseñar este perfil espiritual propio del presbítero descubren, con toda razón, el sacramento del orden como matriz viva que posibilita, exige y configura nuestra espiritualidad. Conscientes de que el sacramento instaura unas relaciones específicas de los presbíteros con Cristo, con la comunidad cristiana y con el mundo, extraen acertadamente de estas relaciones energía, motivos y estilo propios para la espiritualidad presbiteral.

Toda esta construcción, primordial y básica, necesita ser completada con una consideración acerca del ejercicio del ministerio pastoral. También éste aporta fuerza, exigencia y configuración a la espiritualidad propia del pastor.

El presente documento ofrecerá la razón teológica de esta afirmación. Pero es oportuno apuntar desde ahora una razón antropológica: la circularidad entre el "ser" y el "hacer". En la vida humana el hacer no es pura consecuencia del ser. El ser se expresa en el hacer, lo nutre y lo marca. Pero al mismo tiempo, el hacer refluye sobre el ser, lo ilumina y enriquece o lo obscurece y envilece. Se instaura así una relación dinámica y mutua de ambas instancias. El ejercicio del ministerio (el "hacer") no se sustrae a esta ley, antes bien la encarna y la confirma. La actividad ministerial no sólo refleja la temperatura interior, sino que la modifica, acreciéndola o atenuándola. Las opciones profundas del presbítero se regeneran y confirman en sus operaciones, es decir en el ejercicio del ministerio. No es, pues, ocioso dedicar a este tema nuestra reflexión.

3. Los presupuestos

El documento presupone como sólidamente adquiridas las siguientes posiciones:

1º Toda la espiritualidad específica de un grupo en la Iglesia es una forma peculiar de traducir la vida según el Espíritu, común a todos los fieles, a la especial situación y misión de aquel grupo en el seno de la comunidad eclesial y en el corazón de la sociedad⁴.

En la medida en que tal situación y misión eclesial y cívica son importantes, la espiritualidad específica cobra un perfil más acusado y más capaz de inspirar y unificar la existencia entera. En otras palabras: cuanto más neta y relevante es la identidad de un grupo, más específica y más unificadora está a llamada a ser su espiritualidad.

2º La situación y misión del grupo de los presbíteros en la comunidad eclesial -y, a través de ella, en la sociedad- es vital para la existencia y estructura fundamental de la Iglesia. Es menester que lo que afecta de este modo a la Iglesia afecte también la estructura fundamental interior de sus presbíteros y allí los determine con una nueva y característica y espiritualidad⁵. En otras palabras: la identidad peculiar del presbítero postula una espiritualidad específica neta y unificadora de su vida.

3º La identidad específica (y, por tanto, la espiritualidad propia) del presbítero nace del sacramento del orden. En él se determina fundamentalmente su situación, se le confiere la misión y se le capacita básicamente para ella. Por él los presbíteros "quedan sellados con un carácter particular y así se configuran con Cristo sacerdote, de suerte que puedan obrar como en la persona de Cristo cabeza"⁶. El origen fontal de la espiritualidad presbiteral reside, pues, en la ordenación.

4º El contenido de la misión presbiteral recibida en el sacramento consiste en reunir y construir el Cuerpo de Cristo por la proclamación y la enseñanza de la Palabra de Dios, por la celebración de los sacramentos y por la dirección de la vida de la comunidad en su liturgia, su misión y su diaconía⁷.

Esta función específica de generar y regenerar la iglesia garantiza la identidad de la comunidad cristiana con la Iglesia apostólica y posibilita el que aquella desarrolle, por la acción del Espíritu, todos los carismas de edificación de la comunidad y de servicio al mundo.

5º La misión recibida determina las tres relaciones fundamentales de todo cristiano: la cristológica, la eclesial y la secular. La relación con Cristo se traduce en vinculación especial a Cristo cabeza y pastor. La relación a la comunidad se especifica en una peculiar eclesialidad del presbítero, que se despliega en especiales vínculos con la comunidad concreta a la que sirve, con la Iglesia diocesana, su obispo y su presbiterio y con la Iglesia universal. La relación al mundo se encarna en una secularidad propia de su vida y ministerio.

Todas estas relaciones específicas comportan rasgos específicos de espiritualidad.

4. Estructura del documento

Sobre este terreno firme, el documento se ciñe al tema del ejercicio del ministerio y pretende comprenderlo de tal manera que se patentice su condición de instancia potenciadora, postuladora y configuradora de su espiritualidad.

Para conseguir este empeño procede por cinco pasos consecutivos:

Recoge y valora en un primer momento algunas concepciones insuficientes acerca de la virtualidad santificadora del ejercicio del ministerio.

Expone, en un segundo momento, algunas dimensiones teológicas del ministerio que constituyen el fundamento de la espiritualidad que surge de aquel.

Se acerca, en un paso ulterior, a cada una de las tres grandes funciones ministeriales del presbítero para desentrañar la aportación específica de cada una de ellas a la espiritualidad.

Diseña, a continuación, a partir de los elementos apuntados, un retrato articulado del rostro espiritual específico del presbítero.

Se cierra, por fin, con una reflexión sobre las condiciones reales que hacen posible la vivencia práctica de esta espiritualidad.

I. ALGUNAS CONCEPCIONES INSUFICIENTES ACERCA DE LA RELACIÓN ENTRE EJERCICIO MINISTERIAL Y ESPIRITUALIDAD PRESBITERAL

La espiritualidad presbiteral ha mantenido siempre como incontestadas e incontestables estas dos afirmaciones:

- No pueden los presbíteros salvarse sino procurando la salvación de los demás;
- La santidad personal del presbítero contribuye a la fecundidad de su ministerio.

A partir de este núcleo mínimo expondremos escalonadamente posiciones todavía insatisfactorias que se van acercando progresivamente a formulaciones más correctas y más completas.

1. El ejercicio del ministerio, "un riesgo necesario"

La concreta vida ministerial ha sido y es vivida en determinados ambientes ante todo como un "banco de prueba" para la espiritualidad. Esta, que se alimenta en fuentes distintas del ejercicio del ministerio, tiene que verificar su solidez en las difíciles condiciones de dicho ejercicio.

La acción pastoral significaría para el presbítero un riesgo de dispersión, de debilitamiento y de desgaste. Un recelo hacia el apostolado inclina a resaltar los peligros de la acción pastoral y pone insistentemente al presbítero en guardia ante ellos.

Ciertamente se reconoce que se trata de un riesgo necesario que es preciso asumir. Se admite que la existencia del sacerdote comprende "la vida interior completada por el apostolado". En consecuencia, se pretende desautorizar toda tentación de huir de la acción por temor a disiparse en ella. Pero se inculcan fuertemente la oración, la ascesis y un plan de vida que dosifique la proporción entre la acción y la vida interior.

Debajo de esta posición laten verdades parciales. Es evidente el riesgo de una acción progresivamente desprovista de "alma". Es asimismo necesario regar por otros medios espirituales el mismo ejercicio del ministerio para que sea realizado con el espíritu del Buen Pastor⁸.

Pero subyace en esta mentalidad un dualismo que daña al mismo tiempo la vida pastoral y la vida espiritual del sacerdote. El miedo frena el despliegue de la actividad pastoral y priva a la vida espiritual de la riqueza que debería provenirle de aquélla. El dualismo es, en primer lugar, teológico el trato directo con Dios acerca a Dios; el trato directo con los hombres y las obras separa de Dios. Pero este dualismo es, a la vez, antropológico: se estima exclusivamente la interioridad y se desestima la exterioridad.

Esta sensibilidad pertenece preferentemente al pasado, pero subsiste en el presente, con más intensidad en las actitudes que en las formulaciones, que son más matizadas.

2. El ejercicio del ministerio, en sí mismo indiferente para la santificación del ministro

Allí donde la visión del ejercicio del ministerio se ha purificado de resabios dualistas perviven con alguna frecuencia concepciones dicotómicas.

Según esta posición, la existencia presbiteral parece desarrollarse en dos planos. En uno se sitúa la oración y el ministerio de los sacramentos; en el otro, la acción. En el primero la espiritualidad se alimenta, se recobra, recarga sus baterías. En el segundo la energía acumulada se aplica a la acción. Pero esta es en sí misma una magnitud irrelevante para la espiritualidad.

Tal concepción no afecta solamente al ministerio presbiteral. Es más amplia. La actividad exterior del hombre no sería campo de acción del Espíritu, que trabaja la interioridad. La profesión, las tareas familiares, la promoción cultural y social son fruto, no vehículo, de la espiritualidad. Laicos y presbíteros se santificarían por la oración y los sacramentos y fructificarían en las obras exteriores.

Ni siquiera se trata de un fenómeno exclusivo de la Iglesia, sino de un ambiente general que no llega todavía a valorar equilibradamente las dos dimensiones inseparables del

comportamiento humano: su cara interna (la vivencia) y su cara externa (la conducta). El intimismo (o valoración desmedida de la intimidad) ha sido un factor cultural dominante en determinados ambientes europeos.

La separación "cartesiana" de interioridad y exterioridad favorecerá el funcionarismo. Existencia personal y profesión son compartimentos estancos. La primera pertenece a la "vida privada" y no tiene por que ser "alterada" por la profesión.

Contra la pretensión explícita de los defensores eclesiásticos de esta mentalidad, se abre así un foso peligroso entre vida personal y ministerio. El "funcionario eclesiástico" es algo más que una pura posibilidad. En el caldo de cultivo de esta sensibilidad, la disociación entre vida y ministerio tiende a no ser reconocida como una perversión.

Sobre todo, toma carta de ciudadanía la siguiente paradoja: el ejercicio del ministerio es fuente de liberación y salvación para sus destinatarios, pero no para quien lo ejerce.

3. El ejercicio del ministerio exigencia de espiritualidad

Las concepciones anteriores reconocen solamente una relación "de ida" entre espiritualidad y ministerio: la espiritualidad influye positivamente en el ejercicio del ministerio; pero el ministerio no influye positivamente en la espiritualidad.

La presente posición apunta ya una relación "de ida y vuelta": también el ministerio influye favorablemente en la espiritualidad, puesto que la postula y la exige.

Por tres motivos sería el ministerio exigencia de espiritualidad. En primer lugar, porque remite al presbítero a la oración y al sacrificio, que son la colaboración obligada de un apóstol a la obra transformadora de la gracia. Oración y sacrificio del apóstol revierte sobre él madurando su espiritualidad. En segundo lugar, porque el testimonio de una vida que practica lo que predica es un elemento que corrobora la credibilidad del mensaje y, de este modo, facilita su acogida por parte del destinatario. En tercer lugar, porque la coherencia entre lo vivido y lo anunciado es condición de higiene y unidad interior para el anunciante y postulado de su misma "honestidad profesional".

Esta mentalidad recoge toda una línea bíblica que considera inconcebible una desvinculación entre conducta personal y actividad apostólica. Se sitúa asimismo en una rica tradición eclesial formulada lapidariamente en el "imitamini quod tractatis" del Ritual de la ordenación.

Con todo, el déficit de esta visión es todavía notable. La espiritualidad del ministro está ligada al ministerio por la categoría del "deber". Pero antes del "deber" está el "poder"; antes de la exigencia está la capacitación. El ministerio es oferta de gracia antes que exigencia de respuesta. Es antes indicativo que imperativo. La espiritualidad del presbítero es exigida porque es previamente posibilitada por la gracia de su mismo ministerio.

4. El ejercicio del ministerio, fuente adicional de espiritualidad

Después de las afirmaciones del Vaticano II sobre la virtualidad espiritual del ejercicio del ministerio⁹, es obvio, al menos en la teoría, reconocer que la actividad pastoral no es sólo el terreno en el que se expresa la espiritualidad, sino también la tierra de la que ésta se nutre.

La gracia del sacramento es activada no sólo por los medios tradicionales admitidos, sino también por la misma realización de las funciones presbiterales. Por esta razón si la gracia del sacerdocio es una fuente de santidad, el ejercicio del ministerio es una ocasión permanente de santificación.¹⁰

Esta afirmación es, sin duda, un hallazgo importante, cargado de consecuencias teóricas y prácticas para la espiritualidad ministerial, que se irán desvelando progresivamente. Considera a la actividad ministerial como el despliegue y la prolongación de la gracia sacramental.

Pero el ambiente donde resuenan las palabras del Papa concibe y vive todavía el ejercicio del ministerio como un medio yuxtapuesto a los medios tradicionales, que siguen siendo recomendados con masiva insistencia. El ministerio es también medio de santificación. Su mediación se describe ante todo como "ocasión", palabra bien modesta en la jerarquía de las causalidades. El papel central de la tarea profética, litúrgica y pastoral en la espiritualidad del presbítero no es aún claramente reconocido.

5. El ejercicio del ministerio, fuente primordial de una espiritualidad todavía inespecífica

La luz apuntada en el número anterior se vuelve aquí resplandeciente. La entera actividad pastoral es saludada ya no sólo como una vía más, ni solamente como la vía peculiar, sino incluso como la vía eminente. La demanda del cardenal Léger en el Concilio es asumida resueltamente:

"Desde el principio debería declararse que la santidad del presbítero es aquella unión con Cristo que alcanzará principalmente en el ejercicio de su ministerio sacerdotal... Es preciso comenzar no con una cautela contra los peligros del ministerio sino mostrando que los ministerios son santos y recordando que justamente al ejercerlos el presbítero expresa su unión a Cristo, Buen Pastor"¹¹.

"Vía eminente" no significa Vía única, pero sí vía central. Esta centralidad no comporta la irrelevancia de los demás medios, que siguen siendo útiles e incluso necesarios. Pero sí reclama que todos ellos estén ordenados al fructuoso ejercicio del ministerio.

En esta estructuración de los medios en torno al ministerio comienza a atisbarse una nueva dimensión todavía no suficientemente explicitada: el ministerio como configurador de la espiritualidad presbiteral. Pero esta afirmación queda aún en la penumbra y requerirá un ulterior esclarecimiento.

II. EL FUNDAMENTO TEOLÓGICO DE LA VIRTUALIDAD ESPIRITUAL DEL EJERCICIO DEL MINISTERIO PARA EL PROPIO PRESBÍTERO

Precisemos bien la intención y el alcance de este capítulo. Nuestro punto de mira ahora no es el ministerio en todas sus facetas sino su ejercicio. No pretendemos tampoco considerar los diferentes aspectos de este ejercicio, sino exclusivamente uno: su virtualidad para engendrar postular y configurar la espiritualidad de los presbíteros. Ni intentamos analizar los diversos aspectos de esta virtualidad, sino esbozar y recoger únicamente su fundamentación teológica.

Para cumplir este preciso objetivo nos proponemos recurrir a tres claves. Ellas evocan otras tantas dimensiones o relaciones que constituyen al presbítero y determinan sus pertenencias fundamentales. Toda otra pertenencia presbiteral es legítima sólo en la medida en que respeta y favorece a aquéllas.

1. El ejercicio del ministerio actualiza el servicio de Cristo Pastor y Cabeza de la Iglesia (Dimensión cristológica)

Siguiendo a la Escritura, el Vaticano II repite abundantemente, con expresiones diversas, esta convicción. Los presbíteros obran en nombre de Cristo. Ejercen el oficio de Cristo Pastor y Cabeza. Por razón de su ministerio personifican a Cristo. Obran en la persona de Cristo Cabeza como sus ministros. Como tales representan a Cristo.

Fiel a estos datos, la teología del ministerio intenta articularlos y comprenderlos.

a) Jesucristo no es el fundador difunto de la Iglesia, sino su Pastor viviente. Su relación con la Iglesia no es como la de un constructor respecto del edificio ya construido. Es más bien la relación de un manantial con el río que incesantemente brota de él. Jesucristo genera y regenera continuamente el acontecimiento de la Iglesia, alimentándola con la Palabra, enriqueciéndola con sus sacramentos y gobernándola con su dirección. Brinda de este modo a su comunidad aquel servicio básico que ésta necesita para que el Espíritu suscite en ella los carismas que la hacen fecunda y enriquecen al mundo.

En la ofrenda de este servicio básico continúa vigente la ley de la encarnación: la acción vivificadora del Señor se hace inmediatamente presente, patente y operante, de manera no exclusiva, pero sí intensiva, en la acción de sus ministros.

Esta presencia de la acción salvadora de Jesús en la acción de sus ministros se hace más densa e inequívoca en la celebración de los sacramentos, que son ante todo acciones salvíficas de Cristo. Pero es también real en el ejercicio del ministerio de la Palabra y en el de la dirección de la comunidad.

b) Una acción del ministro que es básica y medularmente acción salvífica de Cristo no puede menos de ser en sí misma portadora de salvación para el presbítero que la realiza. Con la única condición de que éste no ponga el obstáculo de su voluntad renuente. En tal caso la fidelidad de Dios, que no retira sus dones a la comunidad por la indignidad del ministro, garantiza la eficiencia salvadora de la actividad ministerial para su pueblo. Pero se trata de una situación anómala en la que la oferta de Dios se autolimita, deteniéndose respetuosamente en el umbral de la libertad de su portador ministerial. El dinamismo ordinario de la gracia hecha presente por la acción del presbítero le alcanza saludablemente. De este modo el ejercicio del ministerio es para él fuente de enriquecimiento espiritual.

Pero la acción salvadora de Cristo realizada por el ministro no es puramente "objetiva". Es un acto de amor y entrega del Señor al Padre y a los hermanos, expresado y corporeizado en el acto ministerial. Ser "instrumento vivo de Cristo Sacerdote"¹³ entraña recoger y encarnar la dimensión subjetiva del acto salvífico del Señor. En otras palabras, le exige dar cuerpo a las entrañas del Hijo y del Pastor en las entrañas del hijo y del pastor. En este sentido el ejercicio del ministerio exige la espiritualidad del ministro.

Obrar continuamente como pastor a través de la multiplicidad de tareas proféticas, sacramentales y de gobierno va marcando en el espíritu del presbítero la silueta del pastor. Los actos ministeriales con toda su "carga intencional" refluyen sobre su espíritu y lo sellan con una determinada fisonomía. Con otros términos: el ejercicio del ministerio configura su espiritualidad.

2. El ejercicio del ministerio, actuación en nombre de la Iglesia (Dimensión eclesiológica)

a) La teología del ministerio concibe a éste al mismo tiempo como representación de Cristo y representación de la Iglesia. El presbítero actuando en representación de Cristo, da corporeidad al "sí" irrevocable del Señor a la comunidad; actuando en representación de la Iglesia encarna el "sí" fiel de la comunidad a su Señor.

En efecto, la acción del Espíritu enviado a la Iglesia en Pentecostés produce en ésta una aceptación agradecida y responsable del don de Jesucristo, la cual se despliega en una respuesta de fe, de oración, de fraternidad eclesial y de compromiso con el mundo. El mismo Espíritu suscita en el organismo eclesial un órgano cualificado que exprese, estimule y coordine esta respuesta. El "carisma instituido" de la presidencia de la comunidad o ministerio ordenado constituye tal órgano cualificado.

Es todo el presbiterio vinculado a su obispo el que, en cada Iglesia particular, constituye dicho órgano cualificado. Cada presbítero lo es por el hecho de pertenecer, por la ordenación, a ese presbiterio. El ejercicio del ministerio es, pues, esencialmente colegial. Los presbíteros comparten el mismo Espíritu, el mismo Sacramento, la misma misión. Este dato teológico modela la actividad y espiritualidad presbiterales.

El presbítero, que participa de este ministerio es, pues, no sólo instrumento personal de Cristo, sino órgano de la comunidad. El Vaticano II recoge en otros términos este pensamiento refiriéndose a la ofrenda de la Eucaristía que aquel realiza "en nombre de todo el pueblo de Dios"¹⁴, "en nombre de toda la Iglesia".¹⁵ Pero la condición de órgano eclesial no se limita a la celebración eucarística. Todos los sacramentos son celebraciones de la comunidad. La misma voz orante del presbítero en el oficio divino es también voz de la Iglesia¹⁶. Su anuncio de la Palabra es también expresión de la fe de la comunidad¹⁷. Sus trabajos para conducirla por los caminos de la fraternidad y del compromiso son también acciones de la Iglesia. En suma, en la acción presbiteral actúa la Iglesia.

b) Un órgano está al servicio del organismo. El carisma que vivifica por dentro dicho órgano es "una gracia para la Iglesia" (Sto. Tomás). Esta gracia arrastra al ministro y lo envuelve en su propia dinámica de servicio a la comunidad. Es un dinamismo "excéntrico" que desinstala al presbítero de la ubicación en sí mismo y mete en su espíritu la pasión por la comunidad. El carisma no solo legitima la acción del ministro, sino que lo capacita para vivirla con espíritu servicial. Le hace siervo de la comunidad por Jesús¹⁸.

La gracia presbiteral estimuladora del servicio requiere unas actitudes serviciales coherentes con ella. Es una continua exigencia para despojarse del egoísmo potenciado que inspira "las obras de la carne" y "consagrarse totalmente al servicio" de la comunidad.¹⁹

Este carisma presbiteral que potencia y exige la ofrenda de los hermanos modela la espiritualidad del presbítero. Al igual que el ejercicio continuado, amoroso y abnegado de la paternidad y de la maternidad, tallan al hombre y a la mujer y les confieren un determinado perfil anímico, el ejercicio del presbiterado en su dimensión de órgano servicial estable de la comunidad moldea la espiritualidad del ministro.

3. El ejercicio del ministerio, concreción de la misión al mundo (Dimensión secular)

a) La misión de Jesús es una misión al mundo. Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único... Dios ha enviado a su Hijo al mundo... para que el mundo se salve por Él²⁰.

Los apóstoles son enviados por Jesús al mundo. Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo²¹.

La comunidad cristiana surgida de la predicación apostólica tiene por misión hacer que el mundo crea que Tú me has enviado²². Lejos de ser puro destinatario, ella es sujeto de la misión y fermento de salvación en el mundo. Su cometido es convertir el mundo en Reino.

En esa misión se entronca (y de ella participa) la misión de los presbíteros. Esta no se ciñe a regenerar a las comunidades ya constituidas, sino que se aplica también a generar nuevas comunidades.

"Sobre el modelo apostólico, el presbítero... encuentra su identidad en aquella tensión hacia el mundo inscrita en el destino universal del Evangelio de salvación y en aquella singular relación con la comunidad, que le proviene del compromiso y del don de conservar en la comunidad su tensión apostólica y su fidelidad al mensaje apostólico²³.

En consecuencia, la predicación y el testimonio de los presbíteros están también orientados a los que no creen²⁴. La Eucaristía que celebran es salvación para todo el mundo²⁵. El oficio que recitan es "por todo el mundo".

La generación de nuevas comunidades y la regeneración de las ya constituidas no son, en modo alguno, dos alternativas que se excluyen mutuamente. Se abrazan y se encuentran ante todo en el trabajo por estimular la dimensión misionera de las comunidades cristianas. Así, pertenece a la misión del presbítero urgir la inserción de los cristianos en la comunidad cívica, activar su vocación de comunicar la fe y vigorizar su testimonio creyente²⁷.

b) La gracia de la misión al mundo comporta la gracia del amor al mundo. Quien, como el presbítero, ha recibido la gracia de ser enviado al mundo recibe, en esa gracia la capacidad de amarlo como Dios lo ama. Con un amor afectivo y efectivamente implicado en su marcha y en su suerte. Con un amor preferente por "los pobres y más débiles"²⁸ y clarividentes para no caer ni en una visión tenebrista de la sociedad ni en una ceguera ante sus aspectos inhumanos y antievangélicos. Con un amor que se convierta en activa e incansable preocupación por los alejados de la fe.

Este amor recibido ha de ser cultivado. El cultivo es imposible sin una experiencia de inmersión, que no se da en la medida suficiente cuando el cuadro de relaciones del presbítero se confina prácticamente en la red intraeclesial.

Un amor así genera un estilo secular de espiritualidad. Confiere al presbítero una "sana laicidad" que le hace vivir su sacerdocio por las calles del mundo y le impide recluirse de nuevo en el templo. El interés del presbítero por el mundo está traspasado por una inquebrantable voluntad explícitamente evangelizadora. Pero no está condicionado por ésta. Aun en el caso de que gran parte de la comunidad humana no esté dispuesta a abrazar la fe ni sea previsible este abrazo en el tiempo de la historia terrena, su interés por el mundo subsiste y se expresa en voluntad comprometida de activar en él los valores del Reino de Dios.

III. FUNCIONES DEL MINISTERIO Y ESPIRITUALIDAD PRESBITERAL

La exposición que precede ha intentado esclarecer teológicamente que "existe un vínculo profundo entre ministerio y existencia" (Rahner), entre actividad ministerial y vida espiritual del presbítero. Pero ha sido deliberadamente formal: se ha remitido a desvelar las afinidades entre la estructura del ministerio y la estructura de su vida creyente. Es necesario completarla con una aproximación entre el contenido del ministerio y el contenido de su espiritualidad. De este modo la reflexión se vuelve más concreta y más motivadora.

El contenido del ministerio se condensa en el oficio profético, sacerdotal y real. Los presbíteros son ministros de la Palabra, ministros de la Eucaristía y los sacramentos, rectores del pueblo de Dios. Dando por supuestos desarrollos doctrinales, ya conocidos, de estos ministerios, nos remitimos ahora a señalar aquellos rasgos de espiritualidad que derivan del ejercicio de cada uno de ellos. Cerraremos esta reflexión extrayendo de ella la importante conclusión de que el ministerio es "carisma de totalidad".

1. El ministerio de la Palabra y la espiritualidad presbiteral

El carisma ministerial consiste en engendrar y reengendrar a la comunidad cristiana extrayendo de la Palabra el sustento y el vigor para construir la Iglesia. Este carisma instaura una vinculación estrecha del presbítero a la Palabra. Le hace vivir "desde ella y para ella" (Ratzinger). La estructura como hombre de la Palabra.

Tres son los componentes de esta estructura interior:

a) El presbítero es discípulo que escucha y cumple la Palabra. Su condición de discípulo no es un requisito previo, como un título académico para ejercer una profesión. Es un momento estructurador, es decir, un elemento constitutivo del hombre de la Palabra. Ser transmisor de la Palabra incluye ser oyente²⁹.

Como hombre de la Palabra el presbítero tiene como antecesor al profeta: la Palabra de Dios le estremece, le puede y le agarra por dentro, le doblga y le pone a su servicio³⁰.

El presbítero es un testigo traspasado por la experiencia del acontecimiento de una palabra que se ha dirigido a él con tal instancia que no puede sino transmitirla con su voz y con su vida. La esquizofrenia o separación entre predicación y conducta pertenece, pues, a la patología del predicador³¹.

b) El presbítero profundiza y contempla la Palabra de Dios. El estudio asiduo de la Escritura pertenece a su espiritualidad, puesto que ha de desprender de aquella la fuerza vital que alimenta su fe y la de los suyos. En él, es especialmente verdad que "desconocer la Escritura es desconocer a Cristo" (S. Jerónimo).

Un estudio no sólo asiduo, sino piadoso, cuyo objetivo no es conocer sino saber. "No le basta la lección sin la unción, la especulación sin la devoción, la investigación sin la admiración, la circunspección sin la exultación, la industria sin la piedad, la ciencia sin la caridad, la inteligencia sin la humildad, el estudio sin la gracia" (S. Buenaventura).

c) El presbítero es transmisor de la Palabra en forma de proclamación (kerigma) de enseñanza (didajé) de iluminación de las situaciones de la historia (profecía). La entrega de la Palabra es, en sí misma, santificadora para él³². "La predicación no sólo supone en el predicador un creyente, sino que ella misma es capaz de hacer al predicador, y con mucha exigencia, un creyente".³³

Esta transmisión tiene sus propias leyes que marcan al transmisor:

- No es dueño, sino servidor de la Palabra. Ello requiere ofrecerla íntegra y fielmente, sin ponerla al servicio de ninguna ideología, sin utilizarla nunca como plataforma de la propia exhibición, ni como descarga de la agresividad, ni siquiera como puro descargo de un deber de conciencia.

- La Palabra de Dios es, a la vez, anuncio y denuncia, que han de combinarse en la predicación. Anuncio estimulador que despierta la moral del oyente porque le alcanza en ese subsuelo del humor vital sobre el que se asienta su coraje ético. Denuncia saludable que canaliza y da nombre a ese difuso sentimiento de culpabilidad, convirtiéndolo en fecunda conciencia de pecado.

- La transmisión de la Palabra conduce inevitablemente a la cruz del predicador, porque le hace tomar dolorida conciencia de su propia incoherencia, despierta frecuentemente la agresividad de los destinatarios y es, otras muchas veces, acogida con indiferencia.

En otras palabras, las leyes de la transmisión requieren decir la "con toda integridad, con atrevida libertad, con inmensa paciencia y con apasionada exigencia".³⁴

2. El ministerio de los sacramentos y la espiritualidad presbiteral

Los gestos sacramentales son al mismo tiempo acción de Cristo y acciones de la Iglesia. Es Cristo quien bautiza, quien reconcilia, quien se ofrece en la Eucaristía, vigorizando así, con su presencia operante en los signos, la siempre deficiente vida cristiana de la comunidad.

Es la Iglesia quien en los sacramentos se adhiere celebrativamente al Señor presente en ellos, recibe su don y se incorpora a su ofrenda al Padre y a los hermanos.

a) En la celebración de los sacramentos, particularmente en el de la Eucaristía, es el presbítero, con más plena verdad que en otros ministerios, signo, símbolo, figura y reproducción de Cristo. Presta visibilidad y corporeidad a los gestos salvadores del Señor. Una prestación puramente externa, sin identificación e implicación interior, no recoge el alma de los gestos de Jesús. Desde el punto de vista teológico un ministerio que se ciñe a una ejecución correcta, sin comprometer su interior, es, en palabras de Von Balthasar, "una posibilidad imposible".

Ser símbolo de Cristo en la Eucaristía conlleva, por tanto, para el presbítero, identificarse con el movimiento interior de Jesús que da vida al gesto exterior: la consagración plena y definitiva de Cristo al Padre y la dedicación abnegada a los hermanos del Señor. "La Palabras 'esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros' llegan a ser palabras personales del sacerdote y entonces significa: esto es mi cuerpo, es decir, mi persona, mi vida, que como sacerdote vuestro y pastor entrego por vosotros, comunidad con Cristo y en Cristo".³⁵

Simbolizar a Cristo en la reconciliación comporta identificarse con la misericordia de Jesús y encarnarla en las actitudes propias. Representarlo en el Bautismo entraña comprometerse en ese gesto de Jesús de engendrar y reengendrar a la comunidad. En la dinámica de los sacramentos el presbítero queda implicado hasta su misma raíz.

Esta identificación a Cristo en la celebración sacramental hace del presbítero un "buscador infatigable de Jesús en la oración y el seguimiento... Sólo un profundo hábito de meditar los misterios de Cristo, el esfuerzo por imitarle y la oración incesante permitirán al sacerdote ser símbolo viviente de Jesús"³⁶.

b) Como órgano de la Iglesia el presbítero recoge el movimiento de su comunidad que, habitada por el Espíritu, se adhiere contemplativamente a su Señor, recibe agradecidamente su salvación y se incorpora responsablemente al gesto de entrega del Señor.

La aptitud contemplativa, que encuentra su terreno privilegiado en la liturgia, se torna así componente de su espiritualidad. La docilidad receptiva a la acción salvadora de Jesús le es imprescindible si quiere representar con verdad a una Iglesia que se abre a ella. La capacidad de comunicación, en la doble dirección de recoger y hacer suyo el aliento creyente de la comunidad celebrante y de emitir a ésta el suyo propio, resulta así en él un rasgo espiritual valioso que no puede descuidar.

3. El ministerio del gobierno pastoral y la espiritualidad presbiteral

El ministerio presbiteral no sólo consiste en convocar (con la Palabra) y congregar (con los sacramentos) sino también en conducir a la comunidad. El gobierno pastoral de la comunidad es parte esencial de su ministerio y hace presente y operante a Cristo como Cabeza y Señor de su Iglesia.

Pero Jesús es Señor en la forma de Siervo³⁷. Él está entre nosotros como el que sirve. Quien como ministro encarna la capitalidad de Jesús está llamado, es decir, capacitado y urgido a ejercer su oficio directivo traspasado por un aliento servicial. Ni el despotismo, ni el

aislamiento, ni el secretismo, ni el espíritu acaparador de responsabilidades hacen justicia a este aliento.

El ámbito de este ministerio tiene sus límites, trazados por los criterios paulinos enunciados en la 1Co: la identidad e integridad del mensaje y la edificación de la comunidad. Queda fuera de él un amplio espacio de iniciativa y autonomía que el ministro debe no sólo respetar, sino garantizar en la Iglesia. El libre juego de los carismas, suscitados por el Espíritu, se realiza en este espacio. La función directiva respecto a los carismas consiste en alentar su emergencia, en acogerlos y discernirlos y en coordinarlos de modo que contribuyan a la unidad de vida y acción.

Alentar los carismas para favorecer sus emergencias requiere vivir atento a las cualidades y afinidades de personas y grupos, pues a través de aquéllas se leen ordinariamente las llamadas del Espíritu. Requiere igualmente ser "ministro de la inquietud" que invita a descubrirlos y urge a ponerlos al servicio de la comunidad cristiana y del mundo.

Acogerlos y discernirlos postula anchura de corazón para no sofocarlos y clarividencia y libertad de espíritu para ayudarles a purificarse de sus adherencias "carneales". Coordinarlos en aras de la unidad de testimonio y acción eclesiales supone una vocación conciliadora que exige paciencia y amor a la unidad.

En el ministerio de gobierno pastoral va incluido el ejercicio de la autoridad. Recordar, indicar, urgir y, en el límite, decidir y mandar requiere hoy una libertad y una humildad costosas. La ascesis del mandar es exigente. Con frecuencia en tales casos la autoridad ministerial se vuelve sufriente. Aquel que debe expresar el carácter rudo de la institución como autoridad está llamado a ofrecer en su ejercicio un testimonio doloroso.

4. El ministerio, "carisma de totalidad"

Del ministerio en ejercicio brotan, según hemos visto, rasgos de espiritualidad que tocan "en vivo" a la persona del ministro, no sólo en su conducta exterior sino en su vivencia interior. Queremos explicitar ahora que es toda la vida del presbítero (y no sólo aquellos fragmentos y episodios de la misma requeridos por el ejercicio ministerial) la que queda asumida y marcada. El ministerio es en este sentido más englobante que la profesión o el compromiso afectivo.

La expresión "carisma de totalidad" intenta recoger este pensamiento. La estructura del ministerio afecta de tal modo a la estructura de su servidor que requiere la dedicación de toda su persona.

El celibato, la dedicación del tiempo lleno al ministerio y la consagración a él por toda la vida han sido, a lo largo de siglos, tres signos sumamente aptos para expresar esta condición englobante propia del carisma de totalidad.

Ya los Sinópticos vinculan profundamente ministerio apostólico y seguimiento³⁸. La misión es, según ellos, inconcebible sin el seguimiento. Pero el seguimiento es un modo alternativo de vivir que penetra toda la existencia. "El seguidor es aquel que... se deja conducir y llevar por la misteriosa `tracción' que funda la libertad, orienta las opciones, sostiene en las realizaciones, hace despreocuparse de los cálculos, desencadena fidelidad e inventiva y construye el `nosotros' de la comunión en las relaciones comunitarias³⁹."

El testimonio de Pablo expresa, con un vocabulario diferente, la misma convicción⁴⁰. Y en todas las tradiciones neotestamentarias se subraya que la legitimidad del carisma apostólico nacido de la misión, debe ir inseparablemente unida a la legitimación por el seguimiento y la comunión en el servicio, en una asociación ilimitada de destino con el Señor⁴¹.

Nada extraño que así sea. Un ministerio tan vital para la comunidad no puede sino afectar el centro mismo de la persona llamada y desde allí, informar toda su existencia. El presbítero queda plenamente reclamado por esta instancia ministerial que afecta su vida.

IV. RETRATO ARTICULADO DE LA ESPIRITUALIDAD PRESBITERAL NACIDA DEL EJERCICIO DEL MINISTERIO

Las reflexiones precedentes han puesto de relieve la implicación de toda la vida del presbítero en el ejercicio de su ministerio, al tiempo que hacían emerger de éste numerosos y exigentes rasgos de espiritualidad.

Se trata ahora de dar un paso más. De descubrir que estos rasgos, lejos de ser un conjunto más o menos caótico, son como piezas de mosaico, que se organizan entre sí para formar una "gestalt", una configuración, un rostro espiritual con perfil propio. De este modo se resalta la "unidad y armonía de la vida presbiteral" recabada por el Vaticano II.

1. La caridad pastoral

La pieza central de este mosaico es la caridad pastoral. Esta centralidad significa que todo en la vida espiritual del presbítero debe estar ordenado a la mayor y mejor vivencia y ejercicio de la caridad pastoral. Ella es "el vínculo de la perfección sacerdotal"⁴².

Todo es o condición o componente o derivación o, al menos, compatible con la caridad pastoral. En consecuencia, todo está ceñido y coloreado, es decir, modificado por la caridad pastoral. La pobreza, la disponibilidad, el celibato, la oración, el servicio, etc., no son exactamente lo mismo para un pastor que para un monje, un religioso, un laico. Los motivos y el estilo, el "por qué" y el "cómo" son parcialmente diferentes.

Identifiquemos esta caridad pastoral. No es algo yuxtapuesto al cumplimiento de la voluntad de Dios, sino su encarnación concreta. El presbítero cumple la voluntad de Dios ejerciendo la caridad pastoral.

Tampoco es algo añadido al seguimiento e imitación de Cristo. El presbítero sigue e imita a Cristo cumpliendo el oficio de buen pastor, es decir, ejerciendo la caridad pastoral⁴³. Todo amor verdadero está hecho de adhesión y de identificación.. Por la adhesión "entramos" en la persona querida. Por la identificación la persona querida "entra" en nosotros. El presbítero ama a Cristo con amor de identificación reproduciendo en su vida las actitudes y comportamientos del Buen Pastor.

Arraigada de esta manera en la voluntad de Dios y en el seguimiento de Jesús, la caridad pastoral se identifica a sí misma como un amor primario y total a la comunidad a la que sirve pastoralmente. Amor primario es un amor cuyo principal interés, no sometido a ningún otro, es el bien pastoral de su gente. Amor total es aquel ante el cual todos los demás intereses y valores quedan positivamente subordinados. Un presbítero es un hombre que tiene su corazón y su pasión allí donde está su comunidad. La intensidad y la totalidad de su amor a ella -no al éxito en forma de nombre o eficiencia- es la medida de su caridad pastoral.

Fluye..., sobre todo, del sacrificio eucarístico que es, por ello, centro y raíz de toda la vida del presbítero, de suerte que el alma sacerdotal se esfuerce en reproducir en sí misma lo que se realiza en el ara sacrificial⁴⁴.

Evoquemos algunas cualidades de este amor. Como el amor del Buen Pastor, está hecho de ternura y de fidelidad, las dos grandes cualidades del amor del Dios de la Biblia. La ternura

le brinda entrañas que, cuando se encuentran con la miseria física o psíquica, cultural o social, moral o espiritual, se tornan misericordia⁴⁵. La fidelidad confiere solidez y estabilidad. Sin la ternura la relación es fría, sin la fidelidad no resiste a los vaivenes del afecto.

El decreto conciliar *Presbiterorum Ordinis*, n. 13 recoge algunas señales o frutos de la caridad pastoral.

Uno de ellos es la abnegación: "Se sienten movidos por la caridad del Buen Pastor a dar su vida por sus ovejas" (Jn 10, 11) prontos también al supremo sacrificio, a ejemplo de los sacerdotes que aún en nuestros días no han rehusado dar su vida"

Otro es la dedicación a consolar a los que viven en apretura". La dedicación a organizar y a proyectar no es puro fruto de la moderna exigencia de la racionalidad en el trabajo, sino requerimiento de la seriedad de la misión pastoral. Con todo, cuando no va acompañada de esta otra dimensión, puede generar un "cura empresario" poco sensible al dolor concreto de los suyos.

Otro es la voluntad de crecer como pastor, "progresando más y más en el cumplimiento más perfecto de la obra pastoral y... pronto a entrar por vías pastorales". El deseo de renovar y mejorar la calidad de su servicio es señal y fruto de la caridad pastoral.

El amor a la comunidad concreta, si es genuino, no es exclusivo. Esta comunidad es célula de un organismo más amplio: la Iglesia diocesana y la Iglesia universal. El presbítero se ordena en la Iglesia local para la Iglesia universal. Sólo en la vivencia noble de esta condición su espiritualidad se hace verdaderamente católica.

El Concilio ofrece, en fin, un criterio para verificar el amor pastoral del presbítero a su comunidad: la fidelidad a la Iglesia expresada en un trabajo en comunión con los obispos y presbíteros⁴⁶.

2. La fe y la esperanza

a) La fe del presbítero queda "tocada", estructurada por la caridad pastoral. En virtud de este toque se hace una fe preocupada por la fe de los demás, pendiente de alimentarla, sensible a sus dificultades, afectada por los alejados (indiferentes e increyentes) y empeñada en purificar para ellos el signo de la propia vida y el de la comunidad eclesial.

La fe del amor está, en segundo lugar, preparada para soportar la incredulidad, que se va convirtiendo en un fenómeno social aún al margen de la infidelidad de los creyentes y de la misma Iglesia. Este fenómeno desconcierta al pastor y le obliga a asimilar en la fe un hecho paradójico: no ha habido en este mundo signo más puro que Jesús y, sin embargo, encontró débil acogida. La fe del presbítero debe "aprender", como Jesús, que se le pide fidelidad, no éxito inmediato⁴⁷.

La fe del pastor se alimenta del mismo ejercicio de su transmisión a los demás. Es una fe que crece comunicándose. La voluntad explícita de crecer debe acompañar a este dinamismo interno de su actividad comunicadora.

b) También la esperanza queda marcada por la caridad apostólica. Basada en la fidelidad de Dios manifestada definitiva e irrevocablemente en la muerte y resurrección de Cristo, se encarna, en primer lugar, en la persuasión vital de que la frágil y vacilante llama de verdad, de bien, de libertad, de amor, que late en el mundo, es, a pesar de todas las apariencias, más tenaz y más definitiva que el vigor de las fuerzas antagónicas predominantes, porque está suscitada por el Espíritu y sostenida por la fuerza de la Resurrección.

Puesto que el que ama espera, la esperanza presbiteral se centra, en segundo lugar, en la comunidad eclesial a su cargo, en la diócesis y en la Iglesia universal. Ella le hace percibir que están llamadas a "ser más" y que, por tanto, pueden y deben serlo. El deseo y la confianza de despertar sus potencialidades dormidas son ejercicio de la virtud de la esperanza. Ellos conducen al presbítero a confiar en las personas y en los grupos por encima de las expectativas nacidas de un análisis puramente "objetivo" de las circunstancias⁴⁸

Esta esperanza le induce, asimismo, a una confianza semejante respecto a sus propias posibilidades. Ni sus limitaciones ni sus pecados, asumidos con paz y sosiego, son la medida de la eficiencia salvadora de Dios a través de su ministerio. Lejos de instalarlo, esta persuasión ayuda al presbítero a asumir su capacidad y su exigencia de crecer y madurar ante Dios y ante su comunidad.

La esperanza inspirada por la caridad pastoral se despliega connaturalmente en una disposición firme y generosa de soportar la tasa, nada desdeñable, de sufrimiento y de cruz que corresponde a los ministros del Crucificado. Esta cruz se hará con frecuencia presente en forma de contradicción, incompreensión, impotencia apostólica, oscuridad o marginación.

3. Las demás virtudes

a) la oración del presbítero adquiere, por efecto de la caridad pastoral, tonalidad netamente apostólica.

La Escritura nos ha retratado esta oración apostólica en la persona de Pablo y en las cartas del bloque paulino⁴⁹.

Apuntamos sus características más acusadas:

- Es una oración que tiene su "cantera", su punto de partida en la lectura creyente de la realidad. La vida real de la gente, leída con mirada de fe, es la materia de esta oración.

- Esta mirada de fe es la de un pastor que se siente responsable de su comunidad, sobre todo en el crecimiento de su fe. "Está ligada al apostolado, tiene en él su origen y en él encuentra su alimento"⁵⁰.

- Es una oración intensa y frecuente que "prepara, acompaña e incluso a veces sustituye a la acción apostólica"⁵¹, porque está sostenida por la certidumbre de que la actividad orante del apóstol es una contribución valiosa a la eficacia de su ministerio.

- Sus dos sentimientos fundamentales son el gozo de ver los signos liberadores y salvadores de Cristo en la vida de la gente y el deseo de verla madurar en frutos de vida cristiana. El gozo se expresa en acción de gracias: el deseo se despliega en petición.

b) La pobreza, distintivo de todos los seguidores de Jesús, es una actitud de espíritu que renuncia a apoyarse sobre lo que uno vale y posee, para vivir abierto a Dios y a los hermanos en la forma concreta de disponibilidad requerida por la propia condición. Esta forma concreta, propia del presbítero, reviste las siguientes motivaciones:

- La fuerza del Evangelio que él anuncia se encarna en medios pobres. La vida efectivamente pobre del presbítero hace transparente esta ley fundamental cristiana. Se vuelve así signo del contenido y del estilo del mensaje. Por el contrario, una vida que se apoya en el valer y el poseer oscurece aquella ley y se convierte en contrasigno del anuncio que es la razón de la existencia presbiteral.

- La pobreza permite la sintonía y el compromiso consiguiente con quienes no valen ni poseen y son los primeros destinatarios del servicio ministerial. "La pobreza, en cuanto virtud evangélica, es la protesta contra la dictadura del tener, del poseer, y de la pura

autoafirmación. Ella incita a una solidaridad práctica con aquellos pobres para los cuales la pobreza no es una virtud sino una situación de vida y un producto social" (Metz).

Una pobreza así motivada es vivida por el presbítero en un estilo determinado. Es renuncia a muchos convencionalismos sociales económicamente comprometedores (en la vivienda, en el vestido, etc.) inherentes a esquemas burgueses de pensamiento y de comportamiento, que hacen que los pobres nos sientan extraños frente a ellos. Posibilita al sacerdote una libertad interior y exterior y una organización de su tiempo, su casa, sus costumbres, su hospitalidad y sus economías para que estén al servicio de lo que es la finalidad de su vida: la creación en torno de sí de la comunidad eclesial.

c) La obediencia que, hecha de escucha y disponibilidad, entraña la donación de nuestra libertad de hacer de nuestra vida realización de "nuestro propio proyecto" es, por ello mismo, condición para comprometerse de lleno en la construcción de la comunidad.

La caridad pastoral señala a esta actitud el campo concreto de su compromiso. Aceptar el ministerio significa, en esta perspectiva ofrecer de modo público y efectivo la propia libertad al servicio del trabajo apostólico, cuya última responsabilidad corresponde al obispo. La promesa de obediencia en la ordenación y la incardinación en la diócesis tienen este significado y este alcance. Son una entrega a Dios a través de una entrega a una comunidad que necesita de un presbítero plenamente disponible.

Esta entrega del sacerdote a la comunidad mediante la obediencia puede revestir formas diferentes. Una forma común y bien válida es la dedicación a tiempo completo al trabajo apostólico, cuando así lo requiera la comunidad. La renuncia a una paga mejor y a la dignidad del trabajador, que hoy se exalta con tanta fuerza, son entonces exigidas por la obediencia. Una dedicación parcial al trabajo civil puede ser signo de esta misma obediencia cuando la comunidad no puede sustentarle o cuando los pobres quieren verlo participar más plenamente de su suerte⁵².

d) Vinculado estrechamente con la pobreza y la obediencia⁵³ el celibato recibe también de la caridad pastoral su modulación específica. Deviene así signo público, efecto y estímulo sumamente valioso del amor primario y total que el presbítero y el obispo ofrecen a su Iglesia⁵⁴. Lejos, pues, de derivar de una separación de los hombres, es fruto de la profundidad de su relación con ellos. La comunidad surgida del carisma presbiteral está destinada a recibir toda la capacidad de amar que el presbítero lleva dentro de sí. La formación de una familia especial que acepta a Dios como Padre y a todos los miembros como hermanos concentra las energías del presbítero hasta el punto de que "no cabe" existencial y prácticamente la dedicación a formar su propia familia natural⁵⁵.

Del mismo modo que la existencia conyugal vivida evangélicamente avisa saludablemente al presbítero de riesgos y deformaciones posibles provenientes de su condición célibe, la existencia célibe bien asumida del presbítero cumple una función pastoral semejante para con los miembros de la comunidad no llamados al celibato. Con su testimonio les ayuda a prevenir el riesgo de convertir el matrimonio en un reducto poco abierto a la comunidad y al mundo, a cultivar la dimensión oblativa del amor y a no idealizarlo como un absoluto.

El celibato del presbítero constituye asimismo una manera privilegiada de solidaridad cristiana voluntaria con los "proletarios del amor": con la innumerable gente marginada por mil razones de este banquete de vida y de gozo que es también la convivencia conyugal y familiar.

e) La ascesis propia del presbítero recibe de la caridad pastoral su rasgo singular. Consiste principalmente en aquella que se deriva del ejercicio del ministerio, "de los trabajos por el Evangelio" Más en concreto comporta:

- La ascesis del trabajo tenaz y responsable en la preparación y realización de todos nuestros servicios pastorales.
- La ascesis de la paciencia para soportar la oscuridad de quien no ve el fruto de su dedicación, la lentitud de la marcha comunitaria, la dificultad de suscitar y sostener la corresponsabilidad laical.
- La ascesis de la incompreensión agresiva o indiferente que acompaña con frecuencia a nuestro servicio apostólico.
- La ascesis de la marginación a la que los poderes del mundo someten a aquellos que testifican valerosamente el señorío único de Jesús.

f) En la vida del presbítero la relación con María, "imprescindible en toda vida que pretende ser cristiana" (Schillebeeckx) recibe también de la caridad un sello y un estilo específicos. Si María es "tipo y ejemplo muy acabado de la Iglesia" (LG 53), lo es principalmente porque su misión, cumplida en amorosa fidelidad, consistió en acoger para sí y para todos al Salvador y en ofrecerlo al mundo. Justamente el movimiento de la caridad pastoral, motor de la vida del presbítero, está orientado a actualizar continuamente este mismo dinamismo.

En efecto, la caridad pastoral, que impulsa a los presbíteros a ofrecer la salvación de Jesús, tiene su raíz viva y su alma en una previa y continua acogida de dicha salvación. Como María "concibió antes en su corazón que en su cuerpo" al Salvador (S. Agustín), el presbítero está llamado a darle cabida por su adhesión personal antes de darle cuerpo en su acción ministerial. Sin este primer movimiento, la caridad pastoral no tiene identidad de tal y se desvanece en un activismo mecánico o interesado.

Esta afinidad estructural, en la misión y en la espiritualidad, entre María y los ministros ordenados justifica y postula el que "los presbíteros reverencien y amen con filial devoción y culto a esta Madre del sumo y eterno sacerdote, Reina de los Apóstoles y auxilio de su ministerio" (PO 18).

V. CONDICIONES DE POSIBILIDAD DE UNA ESPIRITUALIDAD PRESBITERAL

Ni la belleza de un programa, ni la voluntad de realizarlo, ni siquiera la potencialidad de la gracia presbiteral aseguran infaliblemente por sí solos la realización histórica del proyecto retratado. Es preciso además un marco objetivo de condiciones que favorezcan dicha realización. Diseñar este marco constituye la pretensión de la última parte de nuestro trabajo.

Las piezas que componen este marco son numerosas. Nos ceñimos únicamente a aquellas que de modo directo se relacionan con el tema central de nuestra reflexión.

1. Una teología equilibrada y complexiva del ministerio

La patología del ejercicio del ministerio puede tener una de sus fuentes en una teología estrecha o descompensada.

Cuando una teología insiste en exceso en lo diferencial irreductible (el carácter) y quiere extraer de él toda una espiritualidad, acabará reduciendo el ministerio prácticamente a lo cultural, confundiendo la distinción con la separación y configurando un perfil espiritual de corte monacal.

Si la tendencia teológica subraya unilateralmente la vinculación del ministerio a Cristo y descuida su dimensión eclesial, favorece una concepción autocrática que marca la espiritualidad incluso en aquellos presbíteros de una exquisita humildad personal.

Una teología que acentúa la dimensión eclesial, pero atenúa la dimensión secular del ministerio, configura un presbítero demasiado "eclesiástico", confinado en la comunidad e insuficientemente sensible a la misión de la Iglesia y a la voz y al clamor del mundo.

En el caso de que las relaciones con el obispo y el presbítero, constitutivas del sacerdote, sean subestimadas por la teología, el ministerio y la espiritualidad emergente serán vividos en clave individualista. Y si son sobreestimadas, conducirán al clericalismo.

Cuando la teología subraya unilateralmente la relación privilegiada del presbítero con su comunidad concreta, favorece concepciones y actitudes cantonalistas que olvidan la dimensión diocesana y universal del ministerio y de la espiritualidad.

Si la teología, minusvalorando la dimensión cristológica del ministerio, tiende a concebirlo como un servicio más, sin destacar su relieve y su especificidad, generará un funcionalismo que descompromete la vida y la persona del ministro y un "democratismo" que tiende a convertir prácticamente al presbítero en un simple delegado de la comunidad.

El ministerio es una realidad compleja: abarca muchas dimensiones diferentes que todavía no parecen haber sido satisfactoriamente articuladas y unificadas por la teología. Es necesario abrazarlas todas y equilibrarlas entre sí para que el olvido de unas y el subrayado excesivo de otras no descompensen la espiritualidad presbiteral. "Hay que compaginar la fraternidad y la responsabilidad del ministerio; la "repraesentatio Christi" y la "repraesentatio ecclesiae"; la autoridad y el servicio; ser sacramento y tener unas funciones en la comunidad; el "todos" y "algunos" de la estructura de la Iglesia; igualdad y diversificación por los carismas"⁵⁶.

2. Un cultivo directo y explícito de la caridad pastoral

El carácter central de la caridad pastoral en el organismo espiritual propio del presbítero es indiscutible. Por ello mismo la caridad pastoral requiere un tratamiento temático y práctico que no ha recibido todavía en la medida deseable.

Primero, un tratamiento temático, es decir, una comprensión teórico-práctica más aquilatada. La naturaleza, el fundamento, el alcance, las características, la incidencia en las demás virtudes, las condiciones de posibilidad, los riesgos y deformaciones posibles, las dificultades de la caridad pastoral deben ser esclarecidas con mayor rigor. Un trabajo combinado de teólogos y pastores se revela aquí necesario y urgente.

Después, un tratamiento práctico, es decir, un esfuerzo sostenido por situar a la caridad pastoral en el centro de la atención espiritual del presbiterio, por obtener para ella la valoración vivencial y estimativa que se merece. No basta conocer el primado de la caridad pastoral; es preciso "reconocerlo".

Este tratamiento práctico deberá traducirse en hacer de ella objeto privilegiado de la reflexión orante de los presbíteros en las jornadas de espiritualidad y en los encuentros apostólicos. Deberá asimismo reflejarse en el puesto principal de la caridad apostólica como contenido de las revisiones de vida individuales y comunitarias.

3. Una práctica pastoral "con espíritu"

Las acciones pastorales tienen un "alma", un rostro interior, una cara subjetiva que hemos intentado presentar como componente esencial de las mismas. Esta alma es posibilitada y exigida por el ministerio. Pero es necesario convertir "la potencia en acto" y la exigencia en cumplimiento. La experiencia nos dice que, sobre todo en circunstancias de sobrecarga pastoral o desierto espiritual, nuestro ejercicio del ministerio tiende al mecanicismo o al automatismo desgano.

Esta dimensión subjetiva de la acción pastoral suele ser, con frecuencia, genérica o inespecífica. El ejercicio de la presencia de Dios, de la aceptación de su voluntad, de la petición de su gracia antes, en y después de los actos ministeriales es un rico revestimiento interior para las mismas. Con todo, es más que deseable que dicho revestimiento sea habitualmente más específico, más ajustado al sentido concreto de las acciones que realizamos y a la situación y necesidades espirituales de sus destinatarios. Los diversos actos del ministerio tienen su sentido, su carga espiritual específica. Entrar en comunión con ese sentido y apropiármolo subjetivamente es una manera más aquilatada de vivir nuestro ministerio, un modo más preciso de vivir la armonía entre la exterioridad y la interioridad de nuestras acciones. Las generaciones sacerdotales hemos sido educadas más intensamente para una interioridad valiosa, pero inespecífica. Son necesarios un cultivo y todo un aprendizaje para imprimir a nuestras actividades ministeriales el sello interior que les es propio por sí mismas y por la situación de los circunstantes.

Tres nos parecen los momentos privilegiados para este cultivo. El primero es previo a la acción y coincide con el tiempo de la preparación de la misma. El segundo es contemporáneo a la acción de su desarrollo. El tercero coincide con el balance de la acción realizada. En otras palabras: mientras preparamos, realizamos y revisamos los actos ministeriales, nuestro espíritu estará atento a realizarlo no sólo con corrección y competencia sino a vivirlo con sentido, en plegaria y en comunión con los fieles a los que aquellos se dirigen.

Un capítulo importante de este ejercicio es el análisis de las motivaciones concomitantes a nuestras acciones. Sin purismos rigoristas, pero con realismo clarividente, es saludable descubrir la ganga motivacional hecha de protagonismo, de actitudes intransigentes o permisivas, de perfeccionismo ansioso, de despego o frialdad, que con frecuencia las empañan. Con todo, es la fuerza de los motivos genuinos la que con más eficacia reduce y controla estos motivos adicionales, al igual que el vigor de una planta debilita la fuerza de las hierbas que crecen en torno a ella.

4. El ejercicio del ministerio en condiciones saludables

La sintonía de espíritu necesaria para vivir así el ejercicio del ministerio queda muchas veces alterada por las circunstancias concretas en las que éste se desenvuelve.

Una de ellas es la sobrecarga de acción y preocupación pastoral. Dicha sobrecarga es, con mucha frecuencia, generadora de una ansiedad creciente que puede volverse progresivamente intolerable hasta el punto de provocar a la larga un estado pasajero o crónico de saturación psíquica, que dificulta mucho el ejercicio "espiritual" del ministerio. No es aconsejable prolongar estas situaciones. El recorte de actividades, la introducción de "áreas de descanso" en la acción y, en el límite, el cambio de destino son decisiones sabias, por costosas que resulten.

No es tampoco condición saludable una tasa de actividad y responsabilidad manifiestamente insuficiente. La acción y responsabilidad escasa restan tono e

identificación. El ejercicio intenso del ministerio va convirtiendo en existencialmente presbítero a aquel que lo es sacramentalmente por la ordenación. Cuando no se da este recorrido se resienten la identidad y la espiritualidad. Las tareas civiles, si son absorbentes y no están ordenadas al ministerio, producen este quebranto. Procurar al presbítero trabajo pastoral abundante es contribuir a su salud espiritual.

Es además vital el ejercicio habitualmente grato de la tarea presbiteral. La acción tiene que gratificar a la persona para que ésta persevere en ella con espíritu. En tales circunstancias, los mismos sinsabores ministeriales, lejos de desfondarle, refuerzan su identificación con su tarea y con su gente. En caso contrario se crea un condicionamiento negativo sumamente operante que acaba minando la moral de servicio. Tal sucede, por ejemplo, cuando se deteriora notable y establemente la relación con la comunidad, con los presbíteros o con el obispo. La huida del servicio pastoral y la "dedicación compensatoria" a otras actividades, son, en estos casos, salidas lamentables pero previsibles.

La situación personal del sacerdote es también una condición que propicia o desquicia la experiencia espiritual del ministerio. Las crisis familiares y afectivas, las pruebas de la fe y las grietas en la salud y bienestar mínimos pueden trastornar notablemente la calidad interior y exterior de su dedicación. Promover la "salud integral" del clero es una óptima inversión pastoral. La alegría de los presbíteros, la calidad del ministerio y el vigor de las comunidades son sus primeros beneficiarios.

NOTAS

¹ Intus monachus, foris apostolus es un principio que parece haber presidido la orientación espiritual y la organización exterior de la formación sacerdotal.

² Cf. Le Sourd. Un aggiornamento spiritual?, en Vatican II: les prêtres, Paris, Du Cerf, 1968, pp. 316-317.

³ Cf. Venetz, H. J., citado por Greshake G., en Essere preti. Brescia, Queriniana, 1984. p. 162.

⁴ Cf. Martín Velasco, J., La espiritualidad del presbítero diocesano en la coyuntura histórico-social actual, en Espiritualidad del presbítero diocesano secular, Madrid, EDICE, 1987, p. 373.

⁵ Cf. Dianich, S., Ministerio ordenado en Nuevo diccionario de espiritualidad, Madrid, Ed. Paulinas, 1983, 9. 912.

⁶ PO 2

⁷ AA.VV., Bautismo, Eucaristía, Ministerio. Texto de convergencias doctrinales en el seno del Consejo Euménico de las Iglesias, Barcelona, Ediciones de la Facultad de Teología de Barcelona, 1983, p. 46.

⁸ Cf. PO 13 y 14.

⁹ Cf. PO 12 y 13.

¹⁰ Juan XXIII, Lettre pour le centenaire du Prado, en La Documentation Catholique (1961) Col 78.

¹¹ La Documentation Catholique (1965) col 2189.

¹² Cf. LG: PO 2.5.6.12 y 13.

¹³ PO 12.

¹⁴ LG 10.

¹⁵ PO 2.

¹⁶ Cf. PO 5.

¹⁷ Cf. Greshake, o.c., p. 102.

¹⁸ Cf. 2Co 4,5.

¹⁹ Cf. PO 12.

²⁰ Jn 3, 16-17.

²¹ Jn 17, 18.

²² Jn 17, 21, 23.

²³ Dianich, S., La espiritualidad del presbítero diocesano desde la misión de la Iglesia y su relación con el mundo, en Espiritualidad del presbítero diocesano-secular, Madrid, EDICE, 1987, p. 357.

²⁴ Cf. PO 4.

²⁵ Plegaria Eucarística IV.

²⁶ PO 5.

²⁷ Cf. PO 6.

²⁸ PO 6.

²⁹ "Tamquam vobis ex hoc loco doctores sumus: sed sub illo uno magistro vobiscum condiscipuli sumus" (San Agustín, PL 37, 1669).

³⁰ Cf. Jr 15, 16; 20, 7-9.

³¹ Cf. Is 42, 19-20.

³² Cf. PO 13

³³ Moioli, G., Concilio Vaticano secondo e spiritualità del clero diocesano. Riflessioni e problemi en Presenza Pastorale 39 (1969), p. 461.

³⁴ Legido, M., Conformar la vida con el misterio de la cruz del Señor, en Espiritualidad del presbítero diocesano-secular, Madrid, EDICE, 1987, p. 142.

³⁵ Greshake, G., o.c., p. 153.

³⁶ Dianich, S., Ministerio ordenado, o.c., p. 917.

³⁷ Cf. Mc 10, 42-45; Jn 13, 13-14.

³⁸ Cf. Mt 10, 5ss; 8, 18-19; 16, 24ss; Mc 19, 29ss; Lc 9, 37ss.

³⁹ Mongillo, D., Seguimiento en Nuevo diccionario de espiritualidad, Madrid, Ed. Paulinas, 1983, p. 1251.

⁴⁰ Cf. 1Co 11, 1.

⁴¹ Cf. Legido, M., o.c., p. 168

⁴² PO 14.

⁴³ Ibid.

⁴⁴ Cf. PO 14.

⁴⁵ Cf. Mt 18, 12-14; Lc 15, 4-7.

⁴⁶ Cf. PO 14.

⁴⁷ Cf. Hb 5, 8.

⁴⁸ Cf. 2Co 1, 7; PO 13.

⁴⁹ Cf. 1Ts 1, 2-3. 3,10; Col 2, 1-3. 4,12; 2Tm 1, 3-5.

⁵⁰ Lyonnet, St., Un aspect de la prière apostolique d'après Saint Paul, en Christus 19 (1958), pp. 222-229.

⁵¹ Ibid.

⁵² Cf. Dianich, S., o.c., pp.914-915.

⁵³ Cf. Sto. Tomás, ScG CXXXI.

⁵⁴ Cf. PO 16.

⁵⁵ Cf. Juan Pablo II, Carta a los sacerdotes (8.4.1979), Ed. poliglota Vaticana. n. 8.

⁵⁶ Gamarra, S., Líneas de convergencia en la espiritualidad del presbítero en Espiritualidad del presbítero diocesano secular, Madrid, EDICE, 1987, p. 684.

RECENSIONES

1. "A merced de su gracia" Propuestas de oración André Louf - (Narcea Ediciones)

Dom André Louf es un monje cisterciense, de la Abadía del Mont-des-Cats (Belgica). En este libro nos enfrenta con realidades muy nuestras: el pecado y la misericordia, la soledad, la crisis de fe, la sensación de fracaso y debilidad. Todo esto planteado no como realidades a las que debemos combatir para salir de ellas o "sacárnoslas de encima", sino como experiencias en las que debemos entrar para darles nuevo sentido y allí encontrar al verdadero Dios: el Dios de la misericordia, del consuelo y de la paz.

Es particularmente interesante el capítulo referido a la crisis de fe, o crisis vocacional (La contrición o el corazón quebrantado). Allí con una psicología profunda, el autor desentraña y pone a la luz con una claridad notable, los momentos que conforman la experiencia de crisis, como ser la angustia, la tristeza, el desánimo. Y es allí, donde todo parece perdido, cuando se da la posibilidad de encontrar el camino fundamental que conduce a Dios.

De aquí surgen las propuestas de oración, pero no como recomendaciones metodológicas, sino como expresiones de un corazón que toca "su fondo" y desde allí grita, anhela y desea encontrar la salvación ofrecida por un Dios que es Padre, y que por lo tanto no nos puede defraudar ni abandonar.

El autor llega a una conclusión: el que ora de esta manera está "a merced de la gracia de Dios", para transformarlo en nueva creatura y vivir los frutos del Espíritu: la alegría, el amor humilde, la libertad.

Pbro. Enrique Eguía Seguí
Buenos Aires

2. "AL SERVICIO DEL PUEBLO DE DIOS" Card. Carlos M. Martini (Ediciones Paulinas) 1991.

El subtítulo del presente libro (Itinerario sacerdotal) del Card. Carlos María Martini, nos indica la orientación y los destinatarios: LOS SACERDOTES.

Es el contacto del Obispo con su presbiterio, por medio de cartas en ocasión de la Misa Crismal y otros acontecimientos sacerdotales, donde con certeza de fe, el Obispo asume la responsabilidad del magisterio, de Padre, por ello va señalando el camino, haciendo una lectura teológica de la identidad sacerdotal, proponiendo actitudes pastorales, invitando a una reflexión del servicio sacerdotal.

Los acontecimientos de la Iglesia que peregrina en Milán son el marco histórico donde se hace la lectura de fe, en orden a descubrir el profundo designio de Dios sobre los sacerdotes, nos ayuda a redescubrirnos, proyectarnos y comprometernos con la conciencia clara que desde la santidad sacerdotal, Dios, El Santo, desea manifestar a todo su pueblo la santidad y el acompañamiento.

El proyecto sacerdotal está marcado por:

- Las actitudes humanas de paciencia, respeto, sinceridad, constancia, disciplina, equilibrio y capacidad de discernimiento.
 - El valor del estudio, la dedicación por la ciencia de Dios (teología), capacidad de comprensión de la realidad dispuesto a ser 'el profeta de la esperanza' para el hombre de hoy.
 - La caridad pastoral, que en la presente etapa del camino hacia el tercer milenio de nuestra fe, tiene un nombre: Nueva Evangelización. Ello es: santidad de vida para llegar con el Evangelio a todos los hombres desde la catequesis, la liturgia y el servicio misionero. Utilizando la educación y los Medios de comunicación social.
 - La formación espiritual: siendo por naturaleza el sacerdote 'el hombre de Dios para los hombres', todo lo que hace, lo hace desde su conciencia de ser otro Cristo. Desde aquí se nos propone una intensa vida de oración que nos hace aptos, capaces y disponibles a vivir el Misterio Pascual
- La lectura serena del contenido de estas páginas nos ayudan a discernir el camino sacerdotal como la configuración plena con Cristo Sacerdote, Cristo Cabeza del pueblo de Dios.

Pbro. Ramón Peralta - Nueva Orán - Pcia. Salta

3. "SACRUM MINISTERIUM"

Con este título ha nacido una publicación semestral de la Congregación para el Clero cuya finalidad es establecer un contacto directo entre la Congregación y el clero del mundo entero. La nueva publicación pone de manifiesto el interés de la Santa Sede en colaborar con la formación permanente de los pastores, sumándose así a las múltiples iniciativas que fueron surgiendo en la Iglesia en el último tiempo en este sentido. Por medio de ella se busca difundir, sin mediaciones, la voz del Santo Padre y de la Sede Apostólica en relación a la vida y ministerio de los pastores.

Consta de cuatro secciones:

I Estudios.

En la que se publicarán artículos de particular actualidad, conservando un estilo práctico y de propuesta y no científico.

II Experiencias locales y noticias del mundo.

En ella se recogerán experiencias, ideas y proyectos que provengan de los Episcopados y que, publicados, puedan ser de utilidad para todos.

III Actividad de la Congregación.

Presentará las actividades de la Congregación que tengan incidencia en el ministerio pastoral del clero.

IV Reseña bibliográfica.

En esta última sección se señalarán libros y artículos útiles para la formación permanente. El número 1/95 de la Revista se inicia con una presentación del Señor Cardenal José Sánchez, Prefecto de la Congregación y del Secretario, Mons. Crescencio Sepe, que es quien dirige la revista. La sección estudios trae una presentación del Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros, "Sacerdocio ministerial y espiritualidad de los presbíteros", a cargo del Señor Cardenal Giacomo Biffi, Arzobispo de Bologna. La segunda sección recoge varias experiencias de formación permanente, procedentes de distintos continentes. La tercera da cuenta del Simposio sobre la colaboración de los laicos en el

ministerio pastoral de los presbíteros, la IX sesión plenaria del Consejo Internacional para la Catequesis (COINCAT), y el Simposio con representantes de los Episcopados de Europa Centro-Oriental, sobre la condición de vida y ministerio de los sacerdotes en aquellos países. Por último una abundante reseña bibliográfica aporta comentarios sobre obras de interés para la formación sacerdotal permanente.

Para informes y suscripciones dirigirse a la sede de la Congregación para el Clero:
Piazza Pio XII, 3 - 00193 ROMA, Italia

Pbro. Carlos M. Pérez - San Isidro